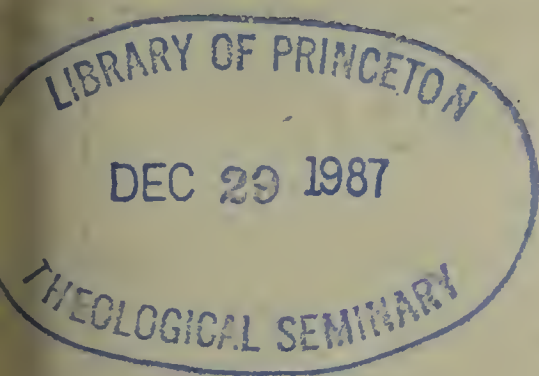


Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

https://archive.org/details/estudios1416unse_0

ESTUDIOS

RAFAEL GANDOLFO: "CRISTIANISMO DE CONSIGNA, VERSUS CRISTIANISMO DE FE". — JULIO PHILIPPI: "UNA NACION CONDENADA A MUERTE". — JAMES M. GILLIS: "LOS TRATADOS SECRETOS DEL PRESIDENTE ROOSEVELT". — RICARDO KREBS: "LA EPOCA DEL IMPERIALISMO". — GONZALO ROJAS: "RETRATO DE LA NIEBLA" (POEMA). — LA AGUJA DEL TIEMPO. — CRISTAL DE LIBRERIA.



163

ESTUDIOS

Mensuario de Cultura General

Director:
JAIME EYZAGUIRRE
Castilla 13370
Santiago de Chile

SUSCRIPCION ANUAL EN EL PAIS	\$	85.—
” ” ” ” EXTRANJERO	Dólares	3.—
NUMERO SUELTO	\$	8 40
” ATRASADO		9.—

AÑO XIV — N° 163

AGOSTO DE 1946

A LA HORA DE ONCE

ENCONTRARA UD. UN AMBIENTE TRANQUILO Y
AGRADABLE EN

“ LA NOVIA ”

HUERFANOS ESQ. DE AHUMADA

“CRISTIANISMO DE CONSIGNA VERSUS
CRISTIANISMO DE FE”, por Rafael Gandolfo, pág.
3. — “UNA NACION CONDENADA A MUERTE”,
por Julio Philippi, pág. 10. — “LOS TRATADOS
SECRETOS DEL PRESIDENTE ROOSEVELT”, por
James M. Gillis, pág. 20. — “LA EPOCA DEL IMPE-
RIALISMO”, por Ricardo Krebs, pág. 31. — “RETRA-
TO DE LA NIEBLA”, por Gonzalo Rojas, pág. 57. —
LA AGUJA DEL TIEMPO, pág. 59. — CRISTAL
DE LIBRERIA, pág. 71.

NOVELAS FAMOSAS

EL VIENTO EN LAS RUINAS

por José María Souvirón.

Las dotes de novelista que el autor mostró en "LA LUZ NO ESTA LEJOS", lucen en esta nueva obra con apasionante interés y un profundo estudio de la vida de nuestros días. Un libro que suscitará reacciones extremas. \$ 40.—. Edición de lujo, \$ 70.—.

LOS HERMANOS KARAMAZOV, por Fedor Dostoyevsky. La grandeza y la angustia del hombre analizadas en la obra maestra de la novelística moderna. \$ 35.—. Edición de lujo, \$ 70.—.

LA GUERRA CON LAS SALAMANDRAS, por Karey Capek. A través de un fantástico y atractivo relato se ofrece en este libro un certero análisis de nuestros tiempos y costumbres, envuelto todo con admirable humorismo. \$ 50.—.

EL BOSQUE EMPRENDE SU MARCHA, por Fernando Santiván. El autor no acude a la invención de sucesos extraordinarios; coge un tema cualquiera de la vida, y sin retorcerlo, estirarlo ni sutillararlo, lo presenta transformado, ya sea sombrío, cómico, extraño y siempre apasionante. \$ 35.—.

JAGUARES, por Luis Toro Ramallo. Por la novedad, por la facilidad narrativa, por el conocimiento que el autor revela del ambiente, este libro ha de suscitar el interés del público americano, al reflejar la extraña fantasmagoría de la selva. \$ 30.—.

NIETCHKA NEZVANOVA, por Fedor Dostoyevsky. Esta obra es una de las mejores novelas de Dostoyevsky, colocada por muchos críticos inmediatamente después de LOS HERMANOS KARAMAZOV, en la grandiosa lista de sus escritos. \$ 10.—.

LA BUENA TIERRA, por Pearl S. Buck. No sólo el ambiente de la China milenaria cobra vida en estas páginas; la obra va más allá, logrando adentrarse en el espíritu y corazón de ese gran pueblo. \$ 30.—.

NO SIRVE LA LUNA BLANCA, por Luz de Viana. Es el libro aclamado por todos los críticos. Se nos revela una nueva escritora que contempla el paisaje, los ambientes y los sucesos de nuestra tierra con una mirada original y los expone con cautivante estilo. \$ 45.—.

DOS PRISIONEROS, por Zilahy Lajos. El odio que estalla entre los hombres, que incita a la violencia, que habla de lenguaje de sangre y de muerte, a través de estas recias páginas mueve un viento de tragedia hondo, ciego, devastador en su vuelo inevitable. \$ 50.—.

EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS. PARA CHILE
REMITIMOS CONTRA REEMBOLSO, SIN GASTOS
DE FRANQUEO PARA EL COMPRADOR

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Casilla 84-D Santiago de Chile

CRISTIANISMO DE CONSIGNA, VERSUS CRISTIANISMO DE FE

1. Nuestra historia tiene hoy como siempre el aspecto de un oscuro drama donde cada hombre es un pequeño actor responsable. Ninguno debería comprenderlo mejor que aquéllos que se llaman "hijos de la luz". Pero los hijos de la luz caen también con frecuencia en una asombrosa estupidez y nuestro siglo está lleno de ejemplos. Un pagano puede pensar que el amor y el hambre mueven al mundo, un racionalista puede creer que la historia es una idea o una fuerza material movida por inexorable dialéctica. O si es un escéptico podrá pensar que todo no es sino un juego del azar. Pero se hace duro aceptar que una generación cristiana viva un grave momento de la historia con los ojos cerrados. Porque aquél que mira el acontecer del tiempo sin que la fe transforme y profundice su visión, es un ciego más entre ciegos.

Ha sucedido algo extraño con estos últimos siglos de cristianismo. Y es que en el mundo occidental ha ido creciendo una oscura fuerza hostil, irreconciliable en su lucha contra las posiciones de la Fe. Su presencia se manifestó, primero, bajo la forma de una crítica cada vez más aguda y sutil de los supuestos metafísicos del Cristianismo. Fué la época del racionalismo y del naturalismo con su filosofía de las luces, su exaltación de la razón humana y del hombre aislado de Dios. Y hoy día mismo esta pretensión de socavar el fundamento de la fe con las evidencias de la razón, se prolonga y afirma. Pero muy luego la gran fuerza enemiga de la fe atacó al cristianismo en el terreno de la vida y de la fecundidad moral y social. Se negaron sus frutos en la obra de la civilización europea y, dando un paso más, se afirmó su esterilidad e impotencia en la solución de los problemas sociales más urgentes. Fué la época de la llamada cuestión social y de la crítica llevada a cabo

por el socialismo ateo y marxista. Mientras tanto el mundo occidental se agitaba en el tumulto de guerras, revoluciones sociales y catástrofes económicas cada vez más pavorosas. Y entonces para aquéllos que defendían el acervo de la Fe se les hizo urgente una doble tarea. Primero mostrar la "racionalidad" del cristianismo y su acuerdo con las auténticas evidencias de la razón. Segundo, probar su eficacia, tanto en el campo de la moral privada como en el amplio terreno de los problemas políticos. Y así como nació la necesidad de una filosofía cristiana, así surgió la necesidad de una doctrina social que enjuiciara la sociedad moderna y esbozara un plan de reformas.

Pero hasta aquí no hay nada de extraño, nada que no esté con la lógica de las situaciones planteadas. Lo extraño es que lentamente los cristianos han ido identificando su vida y su acción en el mundo con la tarea de racionalizar el Evangelio y de operar un cambio en la estructura social. Y, justamente, por eso, aquella vasta tarea ha sido entendida y practicada de un modo cada vez más superficial y pequeño. No debemos dejar de buscar una armonía entre los postulados de la Religión y las verdades de razón. Tampoco podemos renunciar a transformar el orden social arrancando sus elementos de injusticia e infelicidad. Así lo entendió la Iglesia por quien habla la voz de la Verdad hecha carne. Pero ¡cuántas formas de interpretar esta tarea y cuántos modos de arruinarla en la esterilidad!

No debemos luchar contra fantasmas. El cristiano se pone en ridículo siempre que combate una niebla creyendo que es un demonio. Pero su ridiculez llega a lo trágico cuando pelea con una niebla que resulta ser un demonio. Comprendo que los enemigos de la fe están lejos de ser todos instrumentos de las potencias demoníacas, pues a veces no hay por dónde agarrarlos. Pero ninguna ilusión es más moderna y generalizada entre los hijos de la luz que la de creer en un mundo anticristiano, ingenuo y sin malicia. Y no es meramente una falsa caridad y una estéril compasión la que nos mueve a pensar así. Es un error que se fija en la conciencia del creyente y oscurece su visión y su juicio sobre

el hombre caído. Preguntémosles quiénes son los enemigos de la fe, qué cosa los mantiene fuera de la Iglesia y los une para luchar contra su influencia. La mayoría de las veces se tratará de una simple "ignorancia". No conocen el verdadero Evangelio, tienen una imagen falsa que es producto de circunstancias casi inevitables. Educación, temperamento, ambiente adverso a la fe, todo esto sirve para explicar el estado del alma incrédula. Y entonces, frente a un hombre así, no se necesita más que razonar bien, usar con paciencia de todas las reglas de lógica y de la psicología combinadas. Y tendremos una conversión segura a la doctrina de la fe. Otras veces esta imagen falsa del cristianismo estará reforzada por hechos: El anticristiano se siente animado contra la Iglesia porque muchos de sus sufrimientos aparecen directa o indirectamente provocados por la influencia de esa misma Iglesia. Habrá que quitar entonces ese motivo de escándalo, presentar a la Iglesia como libre en sí misma de responsabilidades. Más aún, habrá que presentarla como trabajando por eliminar los sufrimientos y las injusticias temporales. Entonces libremente ha de producirse el retorno a la fe o cuando menos la cesación de esa antigua enemistad del mundo contra el Cristianismo. ¡Qué razonable parece, sin duda, todo esto para explicar el pecado del mundo y el odio contra la fe!

Por desgracia, pensamos a cada instante y así acomodamos la obra al pensamiento. Hemos reducido la acción del cristiano en el mundo a una cuestión de pura pedagogía y a una falta numérica de apóstoles. La hemos reducido en el plano temporal a la búsqueda de una simple técnica, sea para conquistar el poder político, sea para modificar la estructura social a base de leyes y constituciones. Pero hablemos claro: esta visión del mundo que se da por sentada en los discursos, en los artículos, en los incesantes planes, no es más que la esencia de la superficialidad, son los manotazos en el aire que reparte un grupo de ciegos para coger un pájaro inaprensible. Y es probable que se queden con la lengua afuera preguntándose extrañados por las causas del fracaso.

El mal en esta hora de la historia tiene una raíz profunda y el cristiano debería saberlo. Pero no con la estratósfera de su pensamiento, ese rincón donde descansan aburridas todas las eternas verdades. La profundidad del mal consiste, precisamente, en que no es un defecto de técnica, ni de lógica, ni de organización social, sino en que es una perversión del corazón. Aun en los problemas que parecen más materiales y ajenos al espíritu, se añade un acento de amargura, codicia o resentimiento que les da a veces esa terrible violencia sin límites. Si el cristiano comprendiera este hecho no se contentaría tan fácilmente con repetir lecciones escolásticas o proponer planes reformistas. Y quizás aprendería a hablar un nuevo lenguaje, el único que puede hacer vibrar el corazón de un mundo dormido.

2. Si hay algo donde se ha hecho dolorosamente sensible este vacío del creyente y esta torpeza de los hijos de la luz es en la esfera de los problemas sociales. Hemos contemplado una larga apostasía de las clases sociales y de los pueblos, los hemos visto rechazar el sentido evangélico de la vida y el destino sobrenatural del hombre para construir la sociedad en vista de otro hombre, un hombre emancipado de toda obligación y necesidad que lo vincule a Dios. ¿Quién no ha sentido que ese terrible materialismo de la vida, ese cada vez más hondo individualismo en la existencia social y ese complejo de recelo entre los hombres o de oscuro resentimiento, quién no ha sentido, digo, que era fruto de un abandono del Dios vivo? Porque el que tiene oculto a Dios en su corazón, tiene ocultos también a los hombres y ya no hay un "prójimo", ni un "hermano".

Empero se diría que esta profunda y a la vez elemental significación del problema social se ha ido esfumando. La generación cristiana cree tener hoy día "soluciones" maravillosas por su eficacia a ese problema. Ninguna de ellas ve al hombre real, a ese hombre caído y desamparado y que envuelve el terrible misterio de alguien que es a la vez una persona imagen del Dios creador, y un pecador cegado por el cúmulo de miserias físicas y espirituales. Yo creo que es espantoso no ver

ni sentir al pobre en la hondura de su abandono como aconteció al viejo mundo burgués. Pero creo igualmente pavoroso no ver en él más que un animal herido. Probablemente, en la mayoría de los casos, el pobre tiene el corazón menos dañado y menos enfermo que el rico. Pero siempre debe seguir siendo para nosotros un espíritu débil que ha de ser formado en el amor a la verdad en medio de un mundo lleno de seducciones. Porque ese es el mundo en que vivimos, el mundo de la cultura y de la civilización. He aquí lo que deberíamos hallar en un auténtico cristianismo social reflejado, no vagamente en algunas declaraciones de principios, sino en la esencia misma de la legislación y en la estructura de la ciudad cristiana en formación. Pero, seguramente, se excusarían con el pretexto de que es utópico querer algo tan perfecto o con aquel otro pretexto de que sería confundir lo temporal y lo espiritual.

Para decir verdad, este nuevo cristianismo social no se atreve más que a remendar. Pero no ve que el traje está demasiado viejo y no puede ser más que sustituido. Y es verdad que a veces hay que arreglar primero una quiebra inminente para empezar un trabajo de más alcance. Tal vez haya que eliminar hoy día ciertas injusticias demasiado clamorosas antes de pensar en otra obra. Comprendemos esto, pero no el hecho de que la visión del cristiano termine allí y que su tarea social sea un remendar monótono de esta pésima ciudad inhumana. La verdad es que no queremos tocar ciertas cosas, tenemos miedo de algo demasiado nuevo y distinto, a la vez que demasiado irritante para el mundo que nos mira. Y es este sentimiento el que secretamente ha conducido a nuestra generación cristiana a ciertas lamentables convicciones. Hemos aceptado el hecho de que nuestra mejor juventud se entregue a una estéril acción política de partidos como el único o principal medio de penetrar cristianamente el orden social. Aceptamos de hecho la existencia de un Estado neutro absolutamente religioso como compatible con la regeneración social. Nada significa, por supuesto, la colaboración en el gobierno con los grupos más radicalmente anticristianos... En fin, aceptamos la actual estructura política como

sustancialmente adecuada y sólo necesitada de ciertos "perfeccionamientos". Puede ser que haya, como suele decirse, muchas razones de "prudencia" para tolerar estas cosas como males menores imposibles de evitar. Pero si hablamos con alguna decencia, sentiremos que hay algo más que una paciente "prudencia". Lo que sentimos es que para esta lánguida generación todo está bien en el plano social, excepto ciertos complicados problemas de producción, distribución y consumo de riquezas . . .

3. Debemos tener el corazón terriblemente podrido para no sentir hasta dónde llega nuestra indigencia y para no clamar a gritos, porque se nos renueve el espíritu. ¿Queremos comprobarlo? Aquí en este exiguo pedazo de tierra, como en las grandes naciones europeas; los hijos de la luz nos han brindado un curioso espectáculo. Están unidos en la defensa de lo accesorio y superficial, pero desunidos en lo substancial. Están agrupados por la fuerza del temor, pero en cuanto cesa, el amor no es capaz de juntarlos.

Hay una verdad que resplandece cada vez más intensa en las horas de catástrofe moral. Y es que no se puede luchar contra el mal histórico sino con una cierta pureza de corazón, pero esta pureza que es limpidez de mirada, no puede ser más que obra de una fe que toma conciencia de sí misma. Cuando se renuncia a esto, la concupiscencia crece en nuestras almas y nos envuelve con sus imágenes seductoras o temibles. Y entonces, decididamente, nos negamos a luchar frente a frente con el Maligno. Muchas veces no vemos dónde se oculta y cuando lo vemos nos estremecemos y lo dejamos dueño del campo. Por eso en esta época se piensa permanentemente en lo que se debe conservar del pasado o en lo que se puede aceptar del enemigo, pero no en lo que se puede conquistar. Y es fatal, entonces, que lentamente comencemos con absoluta inconciencia a interpretar la doctrina de la Fe, las palabras más altas y sagradas, bajo una falsa claridad. Porque la soberbia refinada de estos siglos razonadores ha sabido arrancar las ideas más hondas de su contexto primitivo y las ha llenado de un nuevo significado. Hay almas que sienten hoy un raro

deleite en hablar de libertad, fraternidad, dignidad de la persona, derecho, etc., como lo hacen los ateos e incrédulos más absolutos. Lo importante es no definir mucho, no descender demasiado a la raíz, pues entonces habría que ponerse dogmático e intransigente y esto nos enemistaría de la gente sin prejuicios y sin convicciones. Lo más significativo de este estado de ánimo es que no sólo se obra inconscientemente así, sino que existe una pseudo filosofía política cristiana que se esfuerza en probar la necesidad de ese oportunismo contemporizador y la maldad anticristiana de la actitud opuesta. Toda la fe que no se tiene en Dios y en los valores que a El encarnan, se vuelca beatamente en un "pueblo" místicamente aureolado de virtudes, en un "progreso" incontenible de la especie humana en la búsqueda de la justicia y en una "bondad" natural del corazón humano que sólo falta a ciertos pueblos y hombres enloquecidos y esto sólo en un breve momento. Para comprender esta época y juzgarla, pensemos que una tal filosofía, mentirosa tanto como pueril, ha convencido a los hijos de la luz y ha terminado por ser la gran sabiduría directora de la vida y de la acción.

Es terrible no creer que Dios se ha encarnado alguna vez en la mísera carne humana. El cristiano que lo olvida no cree tampoco que Dios puede hacerse carne en la Historia y que esta es justamente la única solución de la historia. Pero también es peligroso creer ligeramente en esta encarnación y pensar que la ciudad cristiana puede ser una obra de lógica o de violencia. Empero es necesario creer, creer contra toda esperanza. Si no tenemos esa fe, si no deseamos tenerla, entonces callemos y no demos al mundo el espectáculo de una triste veneración a sus ídolos. Porque, acaso, lo que el mundo necesita para ser rescatado de su necedad y presunción, no son nuestros aplausos y sonrisas, sino un poco de nuestro dolor y de nuestra lágrimas.

UNA NACIÓN CONDENADA A MUERTE

“La población actual alemana se estima en setenta y dos millones... El peligro resultante es muy grande, y mayor aún debido al hecho de que la población ha aumentado (en comparación con el año anterior a la guerra) y su territorio ha disminuido desde 1945. Quedan por verse los resultados de la política industrial y agraria de los aliados... Parece, pues, indispensable que las potencias deberían estudiar conjuntamente una política demográfica para ser aplicada a Alemania” (Informe del Comité Internacional para problemas Europeos. — Reuter, 12 de abril de 1946).

La prensa, hábilmente dirigida, ha conseguido una desviación moral en la opinión pública como quizás rara vez se ha producido. El cable nos describe con detalles cómo los tribunales ingleses se han preocupado de castigar a un sujeto que mató a un ratón con crueldad, y del revuelo causado por un proceso que se sigue en contra de un águila que hirió a un hombre. Entretanto, en tribunales que nadie sabe sobre qué base legal funcionan ni qué ley aplican, se expiden diariamente en Alemania sentencias de muerte que son cumplidas sin demora, a menos que, como sucedió hace poco en la zona francesa de ocupación, se suscite una bizantina disputa entre juristas, mientras los condenados esperan en capilla, sobre si se les ha de ajusticiar por medio de la horca, de la guillotina, del hacha o de las balas. Y ante el llamado Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra, continúa en Nürenberg el proceso de hombres que creyeron cumplir con su deber frente a la Patria. El cable anuncia recientemente que no ha bastado con procesar, inclusive, a los jefes militares que se rindieron haciendo fe en la palabra del vencedor, sino que pronto se empezará un nuevo juicio en contra de los que crearon y desarrollaron la industria alemana pesada. Y en Berlín —sin esperar la sentencia— los jefes aliados se

han preocupado del grave problema de determinar si la ejecución de los procesados actualmente en Nürenberg ha de tener lugar en público o en privado. Original proceso, en el cual el veredicto parece conocerse de antemano por las autoridades militares y políticas.

Es evidente que deben castigarse todos los culpables de crímenes en contra de la humanidad. Pero lo que ocurre en Alemania con la masa íntegra de la población no tiene precedente en la historia. Mediante intensísima propaganda fundada en las crueldades cometidas por elementos nazis en campos de concentración, se ha anesthesiado a la opinión mundial con el objeto de que no se preocupe ni indague sobre qué es lo que está ocurriendo en la actualidad en el país vencido. Una espesa niebla de silencio se ha tendido sobre la mayor tragedia europea, niebla que sólo tratan de romper, con el valor que siempre los ha caracterizado, los círculos y publicaciones católicas y protestantes anglo-sajonas. Revistas como "The Catholic World", "The Commonwealth", "The Tablet" y otras han elevado una enérgica voz de alarma ante lo que está sucediendo. En dichas publicaciones se culpa al propio presidente actual de los Estados Unidos, del silencio impuesto a la prensa internacional.

Mucho se habla de la "cortina de hierro" establecida por los rusos al poniente de su zona. Ella existe y oculta los más dantescos horrores, pero no hay que olvidar que también las otras regiones han sido aisladas. Así, durante más de un año se han mantenido las zonas inglesa, americana y francesa sin comunicaciones de ninguna especie, ni interiores ni externas, y sólo recientemente se permite correspondencia ordinaria, censurada. De las viriles protestas formuladas por el Episcopado Alemán, casi nada ha llegado al conocimiento del público en el extranjero.

Poco tiempo después de la rendición alemana empezaron ya los anuncios de jefes militares aliados sobre el hambre que se avecinaba y que destruiría buena parte de la población. Frías declaraciones de Montgomery, Clay y otros llegaron a estimar, con la debida anticipación, en diez millones los seres que perecerían proba-

blemente de inanición. Hubo algún revuelo en el Parlamento Británico, la prensa se ocupó algún tiempo del asunto y la UNRRA intensificó sus esfuerzos por acumular auxilios para Europa. Pero, desde hace meses, el problema ha sido silenciado.

Entretanto, ¿qué ha ocurrido? Las expulsiones en masa han continuado en toda la zona oriental. No sólo se ha obligado a salir a los alemanes que habitaban las extensas regiones cedidas a Polonia en el acuerdo de Yalta, sino que también la casi totalidad de las poblaciones alemanas de Austria, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Yugoslavia y Países Bálticos. El total que debe emigrar hacia lo que quede de su patria se estima 21.5 millones. A esta inmensa movilización de pueblos debe agregarse a lo menos un millón de nacionales de dichos países que prefieren el hambre en las zonas anglosajonas de Alemania a la "libertad" soviética en su país.

El resultado de esta política ha sido un aumento considerable y brusco en la densidad de población de las zonas ocupadas por británicos y americanos (200 personas más por kilómetro cuadrado), y la existencia, por consiguiente, de una enorme masa de seres absolutamente desprovista de todo medio, que se desplaza constantemente huyendo de la muerte. Esto ha obligado a países vecinos a cerrar completamente sus fronteras; Dinamarca ha llegado aún a establecer alambrado de púa a lo largo de sus límites con Alemania. Y esta aglomeración de poblaciones se ha hecho en un territorio inferior en un 28 % al existente en 1937, y en circunstancias de que sus ciudades, fábricas e instalaciones que se encuentran sustancialmente dañadas por bombardeos aéreos, campos de batalla y destrucciones ordenadas por el vencedor.

Muchísimos habrían perecido ya de hambre, si no fuera por los envíos de alimentos hechos por Inglaterra y Estados Unidos, envíos que permiten un nivel de alimentación extremadamente bajo (900 calorías en algunas regiones) que mantiene a los seres fisiológicamente con vida. ¡pero en qué condiciones! Así, el "Saturday Evening Post", del 2 de febrero, reconoce que en la zona de ocupación americana (la menos amagada por el pro-

blema) menos del 20 % de la población se encuentra en condiciones de mantenerse a sí misma. De un total de 17.119,000 de habitantes en esa zona, 13,265,200 personas dependían total o parcialmente de ayuda extraña.

Y entretanto, los Estados Unidos se empeñan y presionan a las demás naciones para que entreguen los ciudadanos alemanes que ellos exigen, a fin de llevarlos también a esas zonas. Al mismo tiempo, se dificulta toda emigración de Alemania al extranjero.

Por otra parte, dentro del plan de "desnacificación" se ha desarticulado la organización económica alemana. La destrucción de fábricas y desorganización de empresas no sólo la han efectuado los rusos, sino que también, en considerable escala, las otras naciones ocupantes. Se ha llegado, inclusive, a volar las plantas productoras de salitre y a desmontar grandes consorcios, como la "I. G. Farbenindustrie".

Consecuencia inevitable de todo esto es que, si bien se envían los alimentos indispensables para sostener la vida vegetativa de los adultos, la mortalidad infantil y de los débiles crece en proporciones graves. Así, según declaración de médicos norteamericanos, buena parte de los niños perecen por debilidad antes de enterar el año. Las enfermedades, especialmente la tuberculosis, toman cada día mayor fuerza dentro de una población que se debilita rápidamente. Y al mismo tiempo que crece la miseria material, una sombría desesperación arrastra a muchos millones de seres.

La voz angustiosa de los Obispos Católicos se ha levantado ya desde hace tiempo, pero, casi siempre, ha sido silenciada a pretexto de que puede contribuir a despertar un antidemocrático sentimiento de resistencia. Así, documentos como la Carta Pastoral del Arzobispo de Friburgo, el patético llamado que el "Caritas" dirigió hace poco al Obispo de Suecia, Dr. Erik Müller, y los diferentes pedidos de auxilio enviados a través de las organizaciones eclesiásticas, no ha llegado a oídos del público. En dichos documentos se describen los más inauditos cuadros de horror y miseria física y moral, y se eleva una ardiente súplica para que los organismos

oficiales encargados del socorro a Europa se ocupen también de ayudar en algo a Alemania. Pues, aunque parezca increíble, dichos organismos han negado sistemáticamente toda ayuda. Así, el ex-gobernador de la UNRRA, Lehman, ha declarado que absolutamente nada de los billones con que cuenta dicha institución ha sido destinado a Alemania. El "Comité para ayuda a Europa", que funciona en Estocolmo, también se ha negado a prestar auxilio y, lo que es aún más incomprensible, el propio Gobierno de los Estados Unidos, hasta marzo del presente año, tenía prohibida la ayuda particular a Alemania.

Pero todos estos hechos serían soportables si se les pudiere considerar como transitorias consecuencias de la guerra y de la derrota. Pero hay algo mucho más grave: ¿Qué se piensa hacer con Alemania? Esta es la pregunta que se formulan las publicaciones serias que se ocupan del problema.

¿Piensa convertirse al país vencido en una nación agrícola? Un conocimiento elemental del problema hace ver la absoluta imposibilidad de tal solución. Es cierto que el nazismo empleó el concepto de "espacio vital" como arma política, pero nadie que conozca la situación de Alemania de la pre-guerra puede negar que la nación carecía de los elementos necesarios para mantener en un standard de vida normal su población siempre en aumento. Sólo un régimen tiránico como el impuesto por el Tercer Reich y un máximo esfuerzo de la capacidad de trabajo dentro de una organización económico-social muy perfecta, permitieron un nivel más alto, pero fundado principalmente en el desarrollo industrial. Cuando Morgenthau propuso en los Estados Unidos su plan de transformación de la Alemania industrializada en un país agrícola, fué atacado unánimemente por todos los sectores. Sin embargo, ya en la Conferencia de Quebec, Roosevelt y Churchill, adoptaron ese plan como norma para el trato del vencido. Pero, lo que es aún más increíble, en la Conferencia de Potsdam se fijaron las fronteras alemanas en condiciones mucho peores que las propuestas por Morgenthau. Así, no sólo se entregó a

Polonia gran parte del territorio de Silesia que, según el Plan de aquél, debía absorber precisamente buena parte de la población industrial, sino que se cercenaron también otros territorios. Estos cambios privaban en absoluto de base los cálculos empíricos del Plan Morgenthau —ya de por sí irrealizable a menos de reducirse la población alemana—, pero, a pesar de ello, ha seguido en aplicación. La intención de todas estas medidas —y la finalidad verdadera perseguida por el mencionado Plan— quedan bien de manifiesto si se considera que su autor lo ha mantenido y publicado, sin modificarlo, aun después de conocidos los acuerdos de Potsdam. Conviene recordar que el mencionado Plan, a más de querer transformar a Alemania en país agrario, propicia su división en tres partes: un Estado del Norte, un Estado del Sur y una Zona Internacional que comprendería nada menos que el Ruhr y sus regiones vecinas industriales, Renania, el Canal de Kiel y la zona al norte de dicho Canal. Contempla, entre otras medidas, la expulsión de toda la población del Ruhr, ascendente a cinco y medio millones.

A todo esto hay que agregar el grave problema creado por la abolición de las organizaciones agrarias existentes, organizaciones que permitían, gracias a una hábil combinación de la propiedad individual dentro de grupos colectivos, el máximo aprovechamiento de los suelos, generalmente muy pobres en Alemania. Y se suma otro factor todavía: la falta de tratado de paz y las muy remotas esperanzas de que se llegue a celebrarlo, han traído por consecuencia que los ocupantes polacos, después de expulsar a las poblaciones alemanas, radicadas ya por más de 600 años en las zonas de Silesia evacuadas, no se resuelven a trabajar las tierras ni a hacer inversiones en ellas, temerosos de tener que devolverlas. Así, una de las regiones más ricas de Europa se ha transformado en lo que el periódico suizo, "Schweizer Weltwoche", denomina "País de los muertos". Los campos son estepas, hay muchas millas de tierra incultas, los talleres están abandonados y las fábricas paralizadas.

Ahora bien, si la solución agrícola no parece viable, tampoco se ve la posibilidad inmediata de restablecer la vida económica alemana sobre una base industrial. Para ello sería necesario abandonar el Plan Morgenthau, mantener las materias primas —que Francia trata de arrancar en buena parte— y conceder a Alemania mercados internacionales. Es imposible, por lo demás, reorganizar la vida industrial independiente, compleja de por sí, mientras se mantenga a la nación privada de gobierno, dividida en zonas que a nada responden, y un exceso enorme de población.

Lo que sucede es inconcebible. ¿Cómo han podido los dirigentes anglo-sajones llevar las cosas a este extremo desesperado? Publicaciones norteamericanas buscan la explicación en la habilidad diplomática rusa. La URSS. fué a la Conferencia de Potsdam asesorada por un conjunto de verdaderos expertos en los problemas alemanes y de la Europa Oriental. Los anglo-sajones, en cambio, carecían de la preparación necesaria, los guió el odio y no fueron capaces de tomar el peso a las consecuencias de los acuerdos sobre anexiones territoriales, división en zonas y movimiento de poblaciones propuestos por Rusia. Y el resultado está a la vista: el peso máximo del problema alemán fué descargado sobre Inglaterra y Estados Unidos. Hoy día, mediante toda clase de tácticas dilatorias, impide Rusia una solución de conjunto, y espera, con paciencia, que los terribles fermentos de venganza y desesperación que se incuban en Alemania lleguen a destrozar lo poco que aun queda de la vieja organización europea.

Friamente considerado, el problema alemán parece no tener, por ahora, otra solución que la muerte de un número suficiente de seres para dejar así cabida al resto. La mortalidad infantil, la incapacidad de resistencia de ancianos, enfermos y mujeres, llevará después de algún tiempo a este resultado . . . a menos que una nueva guerra apresure el final, utilizando a Alemania como campo de batalla.

Y en estas condiciones, ¿puede hablarse seriamente de organizar la paz mundial? En verdad, la guerra no ha terminado. Continúa en una forma más fría, menos:

espectacular, pero no por eso menos eficaz y horrible. Pero continúa en medio del silencio y de la indiferencia. Toda protesta es considerada como subversión; los mismos que ayer —con razón— levantaban su voz en contra de las crueldades cometidas por el régimen nazi, ahora, o prefieren ignorar lo que sucede, o contemplan indiferentes como se lleva a cabo la condena a muerte de una gran nación.

P. S. — Después de entregado el presente artículo a las prensas, se ha publicado el discurso que pronunció el Secretario de Estado norteamericano, el 6 de septiembre, en Stuttgart, sobre el problema alemán. De acuerdo con la versión de Reuter, dicho discurso se caracteriza por los puntos siguientes:

a) Se silencia la extrema miseria existente y nada se dice sobre el problema alimenticio inmediato. Si bien Byrnes afirma que los Estados Unidos no desean aumentar las penalidades, declara que no puede liberar a Alemania de esas penalidades.

b) En cuanto al futuro de Alemania, el discurso constituye, sin duda, un adelanto hacia una solución razonable. Resalta el Secretario de Estado algunos de los graves errores cometidos e insiste en la buena disposición de su Gobierno para hacer posible la reconstrucción de la nación vencida. “Nos opondremos a medidas negativas o duras que inviten a quebrantar la paz . . . No podemos continuar restringiendo el libre cambio de artículos de primera necesidad, de personas e ideas en Alemania . . . Los Estados Unidos creen firmemente que Alemania debería ser administrada como unidad económica y que las barreras zonales deberían desaparecer por completo . . .”.

c) Reconoce la absoluta “incapacidad demostrada por el Consejo Aliado de Control de dar al pueblo alemán la oportunidad de resolver sus problemas económicos más urgentes. Por lo que respecta a muchas cuestiones vitales, el Consejo de Control no está gobernando a Alemania ni permitiendo que Alemania se gobierne a sí misma”. Aboga por la pronta im-

plantación de un gobierno alemán provisorio que se encargaría de redactar un proyecto de Constitución Federal, el cual deberá ser sometido previamente a la aprobación del mismo Consejo Aliado. Byrnes hizo presente que aun cuando "consultó en Potsdam la creación de "un organismo que abarcara a toda la nación en lo tocante a transportes, comunicaciones y servicios postales, sin consultar las barreras zonales, han trascurrido "doce meses sin que se haya hecho nada".

d) Explica que los extensos territorios netamente alemanes segregados de Alemania en favor de Rusia y Polonia lo fueron sólo provisionalmente (lo que no ha impedido, por supuesto, que la expulsión y destrucción de las poblaciones haya sido definitiva) y que se verá en la Conferencia de Paz lo que en definitiva se resuelva. Acepta desde luego la anexión por Francia del territorio del Sarre, cuyo carácter alemán reconoce, pero agrega que "con esa excepción, EE. UU. no apoyará ninguna anexión de "territorios que sean indiscutiblemente alemanes ni ninguna división de Alemania que "no sea genuinamente deseada por sus habitantes". No explica cómo piensa deshacer los incalculables daños ya causados con la entrega "provisional" de extensos territorios netamente alemanes, ni qué posibilidades existen de arrancarlos ahora de las manos rusas y polacas. Se opone a segregar el Ruhr y la Renania, si bien propicia mantener un control estricto tendiente a evitar la remilitarización.

En resumen: es un conjunto de buenas intenciones y declaraciones que dan alguna esperanza razonable para el futuro, si bien se caracterizan, al igual que otras actuaciones del Secretario de Estado, por una buena dosis de ingenuidad. Llama también la atención el hecho de que critique tan duramente lo actuado hasta ahora por potencias vencedoras; parece olvidar que los Estados Unidos han participado en todos los acuerdos y en todas las medidas que han llevado a la Europa Central al callejón sin salida en que se encuentra.

Como en todas las otras cuestiones internacionales, tenemos la impresión de que Mr. Byrnes actúa con in-

tención laudable y sincera, pero desconoce la fuerza de los hechos y el peso de las realidades. Ojalá que sus buenos deseos encuentren ahora acogida mejor que la alcanzada en 1918 por Mr. Wilson.

Nota.—Los antecedentes que han servido de base al presente artículo son tomados principalmente del semanario católico inglés, "The Tablet"; de los números de abril, mayo y junio del presente año, de la revista norteamericana, "The Catholic World", de diversas declaraciones emanadas del Episcopado Alemán y de correspondencia recibida en Chile de fuentes autorizadas de Suiza y Suecia y de otras publicaciones de la prensa norteamericana. Algunos de los documentos más importantes acerca de este asunto se reproducen en "La Aguja del Tiempo" de este mismo número, bajo el título de "Voces de angustia de un pueblo", y otros han sido publicados en números anteriores.

LOS TRATADOS SECRETOS DEL PRESIDENTE ROOSEVELT

James M. Gillis figura a la cabeza de los más eminentes oradores y escritores del clero norteamericano. Director de "The Catholic World", la primera revista católica de los Estados Unidos, su voz autorizada es oída por millares de espíritus selectos que ven en él un guía seguro, de extraordinaria independencia y pureza de intención. Como sacerdote, ha buscado siempre la verdad y la justicia, sin dejarse engeuecer por las consignas de partido o un mal orientado patriotismo, y así le vemos ahora sumar su palabra a la de muchos católicos y hombres independientes de la gran democracia del norte, que condenan acerbamente el legado político internacional de Roosevelt que, a cambio de una momentánea tregua, ha entregado conscientemente la mitad de Europa a la horda soviética y ha condenado a muerte sin remisión y sin hacer distinciones entre culpables e inocentes, a todo el pueblo alemán. En el vigoroso artículo que a continuación reproducimos, del número de junio de "The Catholic World", Gillis llega a afirmar, corriendo al encuentro de los inevitables epítetos con que serían recibidas sus palabras, que preferiría ser llamado nazi o fascista, antes de llamarse humanitario "y ejercer la venganza hasta el sadismo" (N. de la R.).

Las valientes palabras que Tennyson escribió a propósito del Duque de Wellington, "nada de lo que salga a luz podrá avergonzarlo", difícilmente pueden ser aplicadas a Franklin D. Roosevelt. Después de su muerte son tales las revelaciones que se han hecho, que cualquiera que haya sido la reputación que tuvo como jugador honrado y adversario leal, ésta no puede menos que verse ahora gravemente comprometida. El pueblo se sentía halagado al creer que el Presidente era franco con él. Se sentía halagado al verlo recurrir al pueblo por encima de los capitalistas, de los industriales, y aun por encima de los políticos de su propio partido. Fué el inventor de la "conversación en confianza" y logró en ella

una práctica incomparable. Entre los que acostumbran a hablar por radio, son pocos los que aparecen naturales y desenvueltos, y de éstos solamente algunos han llegado a dominar el arte que se necesita para lograr un ambiente de intimidad. El Presidente Roosevelt fué el primero entre estos elegidos. Los que le escuchaban pueden decir: "Parece que estaba en esta misma pieza con nosotros", y que los invitaba diciéndoles: "Acérquense, amigos míos, les voy a contar todo". De esta manera adquirió la reputación de ser completamente sincero. Nadie, sino tal vez alguno que se preocupara de analizar con cautela la voz y la manera del orador, podía haberse dado cuenta que el Presidente estaba ocultándoles algo, y menos todavía, que estaba imponiendo una carga sobre el pueblo.

Pero ahora que se ha ido, se están acumulando testimonios que prueban que algunas de sus decisiones y acciones políticas más fatales fueron ocultadas no solamente al pueblo sino también a su Secretario de Estado, al Vicepresidente y al Congreso. Ya se han revelado muchos hechos, y podemos esperar que cualquier día aparezca en los diarios la noticia sobre algún otro acuerdo, compromiso, o promesa; o sobre algún pacto con toda la fuerza de un tratado, que el difunto Presidente hiciera con Stalin y Churchill sin admitirnos en su secreto. Esta es una decepción capaz de desconcertar al más resuelto de sus adoradores, y en cuanto a los que sospecharon en una falta de sinceridad en sus palabras, ahora van a verse tentados a decir: "Yo lo había dicho". Los enemigos del Presidente podrían regocijarse malévolamente con estos hechos si no fuera que pueden traer trágicas consecuencias, y nada menos que guerras dentro de los países y entre las naciones.

Para los que entre nosotros han atacado a Stalin tachándolo de tirano brutal y embaucador sin conciencia, estos tratados secretos de Mr. Roosevelt son particularmente bochornosos. Dan al astuto georgiano una buena oportunidad para exclamar: "Tu quoque".

Después de la Primera Guerra Mundial nos indignamos porque Clemenceau, Lloyd George y otros artífices de la antigua diplomacia se burlaron con palabras

y hechos del primero y mejor de los catorce puntos de Wilson. Rehusamos formar parte de la Liga de las Naciones alegando que sus miembros no estaban jugando limpio. Causa amargura comprobar que el hombre que nos representó durante la Segunda Guerra Mundial, y que apareció delante de los pueblos oprimidos como un salvador mayor aún que Woodrow Wilson, estaba vendiendo a su país y negociando la entrega de esos pueblos.

Cuando los primeros secretos empezaron a revelarse, alguien sugirió que el Presidente Truman hiciera un discurso refutando los rumores según los cuales el difunto Presidente habría llegado a entendimientos secretos en Casablanca, Teherán y Moscú, "puesto que ello no estaría conforme con el carácter del autor de la Carta del Atlántico y de las Cuatro Libertades". Además (estas deberían haber sido las palabras de Mr. Truman) "no hay ninguna constancia escrita de estas transacciones dudosas, ni se ha encontrado memorandum alguno entre los papeles del Presidente. El Senado tampoco posee una información oficial sobre estos convenios secretos". Por lo tanto, habría rechazado como falsificaciones los papeles que se presentaran como pruebas y como falsa y difamatoria la acusación al Presidente Roosevelt.

Pero, después de todo, fué mejor que Mr. Truman no hiciera el discurso. Uno por uno han ido saliendo a luz los secretos, y son tan sólidas las pruebas de su autenticidad que no podrían ser desestimados ni aun después de oír una solemne declaración presidencial. Arthur Sears Henning, en "Tribune", de Chicago, ha enumerado diez convenios secretos. Nótese que el N^o 7 es atribuído al propio Mr. Truman. Presentó el catálogo completo a manera de conveniente información del lector y sin suscribir, necesariamente, todo el comentario de Mr. Henning:

"1. El convenio secreto en la conferencia de Yalta, por el cual el Dictador de Rusia, Stálin, aceptó entrar en la guerra contra el Japón teniendo en vista la adquisición de las Islas Kuriles, al lado de las Islas Aleu-

cianas, además de concesiones territoriales y económicas en China.

"2. El convenio secreto en la conferencia de Teherán, por el cual Mr. Roosevelt dió su asentimiento a la división de Europa en dos esferas de influencia, rusa y británica, a la partición de Polonia, y a otras medidas para extender el dominio ruso en la Europa oriental.

"3. El convenio secreto con Stalin, en Yalta, según el cual Mr. Roosevelt habría estado de acuerdo en que Rusia debiera tener tres votos en la organización de las Naciones Unidas.

"4. La carta de Mr. Roosevelt al Rey Ibn Saud, de Arabia, en la que prometía no tomar ninguna medida en Palestina hostil a los árabes, lo cual es considerado por los Sionistas como un repudio que el difunto Presidente hizo de su promesa de promover un estado judío.

"5. Un acuerdo en Yalta sobre un sistema de fideicomisos de los territorios capturados al enemigo, y de otras zonas dependientes, ejercitado por las Naciones Unidas.

"6. Un entendimiento que Stalin obtuvo en Yalta, según el cual Rusia debería recibir el 50 por ciento de las reparaciones exigidas a Alemania en tanto que Gran Bretaña y los Estados Unidos recibirían 20 por ciento cada uno, y las naciones restantes se dividirían el 10 por ciento restante.

"7. Un acuerdo de Mr. Truman en la conferencia de Postdam disponiendo la revisión de la convención de Montreux que rige la navegación de los Dardanelos, por el cual Turquía sería privada de su facultad de restringir el paso en cualquiera forma.

"8. Un acuerdo en Yalta entre las autoridades militares americanas y rusas por el cual se procedería a la repatriación de los ciudadanos soviéticos liberados por los americanos y de los ciudadanos americanos liberados por los rusos, por donde los polacos, bálticos, checos, finlandeses, eslovacos, austríacos y otros anti rusos, serían entregados a las autoridades rusas con el fin de encarcelárseles, deportárseles o "liquidárseles".

"9. Un entendimiento con Roosevelt logrado por Churchill en la Conferencia de Casablanca, por el cual los británicos deberían quedarse con el control de todas las operaciones militares en el Mediterráneo oriental y en la Europa oriental del sur.

"10. Un memorandum suscrito con las iniciales de Roosevelt y Churchill en la Conferencia de Quebec, en 1944, en el cual se aprueba el plan de Morgenthau sobre la desindustrialización de Alemania, y su transformación en "un país compuesto principalmente de campesinos y pastores".

Este era el catálogo el 5 de mayo. Sería mejor que nos acorazáramos contra futuras sorpresas. Mr. Henning hace esta significativa observación: "Cada vez, y es más de una, que Mr. Byrnes ha declarado que ya no hay más secretos que revelar, ha visto que en sus propias barbas revelan otro de cuya existencia no tenía él la menor idea. Dice Mr. Henning que "no se puede esperar mucha luz de Moscú, mientras dure el régimen de Stalin", yo no pienso lo mismo. Me inclino más bien a sospechar que cuando Mr. Roosevelt dijo "Stalin nos tiene entre la espada y la pared" estaba insinuando que Stalin sabe de otras promesas que deberemos cumplir, y que nos "soltará" si, como algunos sugieren, nos ponemos "serios" con él.

Mr. Henning continúa: "La gran esperanza de los historiadores es Mr. Churchill que está escribiendo sus memorias: tiene fama de descubrir secretos". El día en que se escriben estas líneas, un periodista neoyorquino que acostumbra hacer declaraciones exactas, declara lo siguiente: "Churchill mantiene la suma de \$ 100,000 por revelar en uno de nuestros magazines lo que piensa de los Estados: sus discursos que aún no son publicados, le representan la suma de \$ 50,000 pagados por Henry Luce". Si hay algo de cierto en estos rumores —que son verosímiles, dada la reputación de los conferenciantes y escritores ingleses que venden como buhoneros sus opiniones a los americanos— puede deslizarse en el alma de Mr. Churchill en estos momentos, la tentación de decir algo más de lo que pasó en secreto en Yalta, Teherán y Moscú. Mayores humillaciones nos

aguardan todavía, y todo porque nuestro difunto Presidente pensó que sabía mejor que nosotros mismos lo que nos convenía, y porque creyó que él podía gobernar el mundo mejor que lo que el mundo puede gobernarse a sí mismo.

No es necesario —tampoco habría espacio en estas páginas— hacer una consideración a cada uno de los diez tratados secretos de Mr. Roosevelt. Nos limitaremos a discutir dos de ellos. Nos hemos visto envueltos en el embrollo Judío-Arabe-Británico en Palestina. De todos los disparates cometidos por el difunto presidente, éste es el más innecesario. Todo el mundo sabía que Inglaterra se había metido en un enredo al hacer promesas contradictorias a Judíos y Arabes. Cualquiera estadista sagaz habría pensado: “Mal negocio para Inglaterra, gracias a Dios que nosotros no tenemos por qué meternos”. No así Mr. Roosevelt. Parece que se le ocurrió que cualquier equivocación que cometiera Inglaterra, debíamos cometerla nosotros también. Así es que, después de hacer imposibles e ilusorias promesas a los Sionistas, se dirigió a Ibn Saud para hacerle saber que él, es decir nosotros, no haríamos nada en Palestina sin consultar a los Arabes. ¿Por qué no tuvo la sagacidad de decir “no haremos nada en Palestina” y detuvo ahí su declaración? Pero el entrometido en todo se mete aunque sólo sea por darse el gusto. Y a semejanza de aquel médico que sólo sabía curar ataques, por lo cual provocaba ataques en todos sus pacientes para poder sanarlos, así los que se dan de componedores del mundo, se dedican a provocar un desbarajuste, para poder arreglarlo en seguida.

En los momentos en que escribo —15 de mayo— los diarios nos dan las siguientes noticias de Jerusalén: 200,000 árabes mal armados están en guardia contra un ejército británico de 200,000 hombres perfectamente equipados, y unos 70,000 judíos adiestrados como comandos. Hay un título que es una interrogación: “¿Qué hará Inglaterra si se produce un choque entre judíos y árabes?” Lo que hicieran los ingleses en estas circunstancias no tenía por qué ser de nuestra incumbencia, pero Mr. Roosevelt opinaba que debíamos meternos en los asuntos de todo el mundo de manera que ahora nos

incumbe averiguar qué hará Inglaterra, sea bueno o malo, para hacer nosotros lo mismo. Esta es nuestra tragedia, tanto mayor si consideramos que el hombre que sin deber hablar por nosotros, lo hizo a pesar de todo, y con su típica indiferencia nos trasladó la carga y solución de este conflicto. "El mal que hace el hombre en vida, le sobrevive".

Tal vez el peor de todos esos planes —aunque no tan secreto como los otros— es el programa trazado por Morgenthau para eliminar la industria en el Ruhr y en el Saar y "convertir a Alemania en un país especialmente agrícola y pastoril". Aun el neófito en historia y psicología podía haber dicho a los personajes cuyas iniciales aparecen al pie del documento, "F. D. R." y "W. S. C." (para no referirnos a su autor, Mr. Morgenthau), que un plan de esta especie es señal de completa locura. Cualquiera que sea nuestra opinión sobre el nacionismo o el militarismo alemán, no puede haber dos opiniones diferentes sobre la genialidad de los alemanes para la mecánica, o sobre su competencia en el mundo de la industria y del comercio. Pretender transformar en pastores y campesinos —en rústicos— a millones de hombres preparados para ser ingenieros, comerciantes, manufactureros, financistas, es un crimen contra la naturaleza. Es destruir la civilización, y, sin embargo, es una medida que ha sido propuesta para la reconstrucción del mundo"! "Dicen que han logrado la paz, allí donde todo lo transformaron en desierto", fueron las palabras del jefe caledonio refiriéndose a los romanos. Presa de una locura criminal muy parecida a ésta, los conquistadores del corazón de Europa, quieren reconstruir esa Europa hundiéndole un cuchillo en el corazón. Pronuncian trivialidades sobre "Un Mundo", nos dicen que no podrá haber parte de este mundo sana si alguna parte de él está lesionada, no obstante lo que se proponen es provocarle nada menos que una parálisis.

Por decir estas cosas, y en general, por hacer el desesperado esfuerzo por inyectar un poco de sentido común en el pensamiento político y económico, por no decir un poquito de humanidad y una migaja de religión en el trato entre las naciones, seré calificado, sin duda, de nacistas, fascista y abogado de una "paz blan-

da". Sugiero a los críticos que busquen en el diccionario de invectivas algunos epítetos más graves. Esos están viejos y ya no me hacen mella. Ya saben lo que pienso del Nacismo y del Fascismo, lo he escrito en estos editoriales durante más de veinte años. Pero prefiero que me llamen nazi, y si hay que llegar al caso, preferiría ser nazi o fascista, antes de llamarme humanitario y ejercitar la venganza hasta el extremo del sadismo. Del sadismo y del masoquismo. Si destruimos Alemania, nos destruimos a nosotros mismos.

Durante mil años, y para ser exactos, por más de dos mil años, la gran lucha del mundo occidental ha sido evitar verse sumergido bajo las repetidas olas de barbarie oriental. Esa lucha todavía perdura. Es posible que hoy día el peligro de que el Occidente se vea absorbido por el Oriente sea mayor que en los tiempos de Jerjes, Mahoma, Genghis Khan, o Tamerlán. La barrera más oriental contra esta inundación, era Polonia. Ya no existe. La barrera siguiente es el Austria —con Hungría— y Alemania. Sea que amemos a estos pueblos o que los odiamos, hay un hecho que tendremos que reconocer, y es que si, de acuerdo con el memorandum firmado por Roosevelt y Churchill, en Quebec, se llega a la desindustrialización de Alemania, la civilización de Occidente será destruída, y la puerta de Europa quedará abierta a la afluencia del salvajismo oriental. Si alguien se sintiera inclinado a burlarse de esta predicción, podría echar una mirada al Africa del Norte, desde Alejandría a Tanger. Toda esa extensión fué en un tiempo una tierra ocupada por pueblos de gran civilización. Ahora ha vuelto a la barbarie. Podría suceder lo mismo en una región situada más al norte. Puede suceder lo mismo si se hace un vacío cultural en la región que fué ocupada en un tiempo por Alemania y el Austria.

Como podía haberse esperado, los mismos que hicieron pactos en privado, se pelearon en público. "Diez meses después de Teherán", dice Mr. Henning, "Churchill y Stalin riñeron por la repartición de los despojos. Stalin estaba acorralando los estados balcánicos en una forma que alarmó a Inglaterra. Junto con Tito, se dedicó a echar a un lado a los ingleses y al Rey

Pedro en Yugoslavia, de manera que aparecía abriéndose camino hacia Grecia a pesar de haber accedido a aceptar el dominio de Inglaterra sobre ese país. Churchill, tomando consigo al Ministro de Relaciones de Inglaterra, Mr. Eden, se fué con gran prisa a Moscú y tuvo una escena con Stalin. Hicieron las paces. En qué términos, es algo que nunca se ha sabido. Se puede presumir que han reafirmado el acuerdo de Teherán, pero desde entonces los ingleses se han quejado de que Stalin no ha cumplido su palabra con respecto a Yugoslavia, país del cual ha tomado posesión abiertamente, y de que tampoco la ha cumplido con respecto a Grecia, donde la insurrección contra el dominio inglés ha sido fomentada por los comunistas griegos pro-soviéticos”.

De esa querrela puede resultar una guerra y, si resulta, Inglaterra puede exigirnos que vayamos con ella contra Rusia. Nada importará que no sepamos en qué términos pactaron Churchill y Eden en conferencia con Stalin. En la persona de Mr. Roosevelt aceptamos en principio y en el hecho la idea sobre “esferas de influencia” y que esto será suficiente para Inglaterra. No se nos ha permitido saber a qué nos hemos comprometido, pero estamos en ello y deberemos seguir.

Mr. Henning nos hace recordar que el Ministro Cordell Hull “expresó en forma elocuente en el Congreso que ya no habría más esferas de influencia, ni política de fuerza”. Sin embargo, no había pasado un mes después de su regreso de Moscú de donde trajo el mensaje al Congreso, cuando esos mismos viciados principios se veían reafirmados y reestablecidos. Cuando Mr. Hull leyó el memorandum de Stalin, “explotó”, según dice Mr. Henning. No quería creerlo hasta que lo vió aceptado por Mr. Roosevelt. Después de lo cual Mr. Hull se apaciguó y nunca más se le oyó mencionar las “esferas de influencia”.

“Las malas compañías corrompen las buenas maneras”, dice la Escritura, y también, “Con los santos serás santo, y con los perversos serás perverso” y “El que toca la pez se manchará”. Tal vez, aun en esta época viciada, podríamos arriesgar la enunciación de una vieja verdad: el que se asocia con bandoleros internacionales se transforma en otro no mejor que ellos.

En el juego de la política de fuerza, las naciones son verdaderos gangsters: ningún miembro de la cuadrilla puede pretender ser mejor que los demás. Al lema del mosquetero: "Uno para todos, todos para uno", debe hacerse el siniestro agregado: "para bien o para mal".

Los americanos que se opusieron a que entráramos a la guerra y que nos uniéramos con Rusia con ese objeto, predijeron las consecuencias con una clarividencia que puede parecernos ahora preternatural.

Desde ahora en adelante, y mientras vivamos tendremos que vernos envueltos en todas las malas pasadas, vueltas y manejos torcidos, en las jugadas y contrajugadas que han sido objeto de la técnica diplomática durante mil años. Tendremos que ser ahora tan tramposos, tan faltos de principios y tan traicioneros como el peor de nuestros aliados. Hemos pactado con ellos, les hemos ayudado a urdir sus planes, hemos tomado parte en sus pecados y en sus crímenes, y ahora ya no nos dejarán.

Cuando un nuevo miembro se incorpora a una banda, lo primero que hacen los antiguos es hacerlo participar en algún sencillo salteo, o robo o en algún asalto. Desde ese momento ya tienen algo "contra él", y ya no podrá zafarse. El siguiente paso es el asesinato. Si el neófito se queja de escrúpulos para ejecutar este acto, los miembros maduros de la banda podrán preguntarse que cómo puede él darse el lujo de tener una conciencia. Este es nuestro caso. Hemos tomado parte en una media docena de crímenes como miembros de los Tres Grandes. Si amenazamos con retirarnos de la banda nos advertirán que nuestro retiro precipitará la guerra, así es que deberemos continuar, y ya nunca jamás podremos atrevernos a moralizar sobre relaciones internacionales. Nathaniel Peffer, en "América y su lugar en el mundo" ("America's Place in the World"), libro notable por su claridad y franqueza, dice: "el conmovedor e impresionante lenguaje de los idealistas cuando se refieren al papel que pueden desempeñar los Estados Unidos como guía del mundo en un plano elevado de relaciones internacionales, es sólo palabrería, magnífica si se quiere, pero completamente vacía de sentido".

“Pertenece”, dice, “al tipo de declaraciones que deja perplejos a los pueblos de otras nacionalidades, y les da su margen para adoptar un aire entre condescendiente y divertido, o simplemente desdeñoso”. Por lo tanto, a los ojos del mundo no estamos actualmente en posición de erigirnos en jueces de las villanías de José Stalin o de cualquier otro tirano brutal y sanguinario.

Pudimos asociarnos, sin culpa tal vez, con Stalin, en una guerra contra el fascismo, alegando que la mejor arma contra una clase de fascismo es un fascismo de otra clase. Hay peligro, sin embargo en una táctica de esta especie, como lo hay cuando la policía acepta la ayuda de una banda de malhechores para destruir a otra. Pero desde el momento en que no sólo hemos aceptado la ayuda del asesino de un millón de hombres, sino que, además, nos hemos asociado con él y hemos conspirado con él en secreto para dividir el mundo y destruir sus despojos, no podemos tomar a mal que el mundo diga: “Todos son iguales: americanos, rusos, ingleses; todos llevan la misma marca”. Hemos perdido nuestro prestigio moral.

Cuando lanzamos la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki, muchos buenos americanos (entre ellos, John Foster Dulles y Hansom W. Baldwin, a quienes hemos citado ya en estas páginas) dijeron que en esa forma habíamos destruído hasta la última oportunidad a aspirar a tomar la dirección moral. Pero ya habíamos perdido la reputación mucho antes de que se oyera hablar de la bomba atómica. Cuando Mr. Roosevelt se reunió en secreto con otros dos “guías del mundo” (¡perdón por el título!) y violaron uno por uno los nobles principios que se escribieron y firmaron en la Carta del Atlántico, entonces, y allí mismo ustedes y yo, todos nosotros, los americanos, caímos. Hay un medio de recobrar el prestigio que hemos perdido: podemos repudiar todos los pactos, tratados y promesas que se hayan hecho sin el conocimiento y consentimiento del Congreso y del pueblo. Si eso es imposible, estamos perdido.

LA ÉPOCA DEL IMPERIALISMO

La época, que comprendemos bajo el nombre de Imperialismo, se inicia en la primera mitad del siglo 19 y desemboca en las terribles catástrofes de las dos guerras mundiales que, en el breve intervalo de 25 años, conmueven a Europa y el mundo entero, envolviendo en la red de sus sangrientas decisiones a mil quinientos millones de hombres, y dejando tras sí un gigantesco campo de tumbas y ruinas.

Las fuerzas que desencadenaron estas trágicas conflagraciones nacieron del seno de la época imperialista. El estudio de las principales características de este período nos puede ayudar a comprender el por qué de las últimas guerras y los problemas que actualmente afectan a la humanidad.

1. La revolución industrial

El aumento de las poblaciones. — Desde los comienzos del siglo 19, el número de la población europea aumentó en forma brusca e incontenible. El mismo continente que hacia el 1800 había estado poblado por unos 175 millones de personas, tenía en el año 1914 una población de 450 millones. Europa llegó a ser el continente más densamente poblado de nuestro planeta. El exceso de las poblaciones se extendió una vez más sobre los demás continentes. Como conquistadores, colonizadores y comerciantes, llegaron los europeos a Australia, Asia, Africa y América. Bajo la dirección de Europa, la tierra llegó a formar, por primera vez en la historia del hombre, un sistema coherente que abarcaba todos los continentes y todos los océanos. Este aumento y la subsiguiente expansión de la raza blanca constituyen uno de los principales factores de la evolución política, social y económica de este período.

De suma importancia para la sociedad europea fué el hecho que este aumento extraordinario de la pobla-

ción se realizara en la forma de una creciente multiplicación y extensión de las ciudades. En 1814 había en toda Europa sólo 46 ciudades con más de 50 mil habitantes. La población de Londres, la ciudad más grande, aún no alcanzaba al millón. En 1914, existían en Europa 179 ciudades con más de 100 mil habitantes. Casi todas las capitales europeas traspasaban el millón. En Inglaterra, en Alemania, en Bélgica nacieron los mares de piedra de las regiones industriales. La gran mayoría de las nuevas masas de la población vino a vivir en las ciudades y en las regiones industriales. La población campesina, en cambio, no aumentó en número, lo que hizo variar radicalmente la proporción entre la población campesina y la urbana. En algunos países, la población campesina vino a formar únicamente la mitad y aún sólo la cuarta parte de la población entera. Si antes las ciudades habían sido pequeñas islas dispersas en medio de las vastas regiones rurales, ahora se formó un mundo de ciudades; en algunas regiones, desapareció por completo el verde de los campos y había personas que durante toda su vida jamás habían visto una vaca o un cordero.

Esta evolución no quedó limitada a Europa. También en América, el Sur de África y Australia, las ciudades y sus habitantes superaron altamente, en importancia y número, las regiones campesinas. Esta evolución, lejos de haber llegado a su término, aún continúa y hasta se acelera, y aún no se pueden prever sus consecuencias.

Este aumento y cambio en la estructura de las poblaciones sólo se hicieron posibles por la revolución industrial, otra de las características del siglo 19. Por su magnitud y sus consecuencias, es un fenómeno extraordinario que se presenta por primera vez en la historia.

El Siglo de la Ciencia y la Técnica. — Numerosos factores han tenido que converger para que se produjera esta revolución industrial. Jamás ha habido en la historia una época en que se hayan hecho tantos y tan trascendentales progresos en la investigación científica del mundo. Con orgullo y satisfacción se ha llamado

el siglo 19 "el siglo de la ciencia". Y este siglo es, a la vez, un "siglo de la técnica", pues jamás en la historia los descubrimientos e inventos de la ciencia teórica fueron aprovechados tan rápidamente para satisfacer las necesidades prácticas del hombre. Se hicieron descubrimientos fundamentales en la física, química y biología. A partir de la mitad del siglo pasado, nuevos elementos empezaron a dominar la vida: el hierro, el carbón, el abono sintético, las anilinas sintéticas; nuevas fuerzas lograron el dominio: el vapor y la electricidad; nuevos métodos y nuevas máquinas permitieron racionalizar y aumentar la producción. Con creciente rapidez y poder, la técnica revolucionó la vida entera. Los cambios han sido tan bruscos y radicales que ahora ya no nos podemos imaginar cómo han vivido los hombres dos generaciones antes, sin radio, sin teléfono, sin auto, sin cine.

¿En qué consiste el rasgo esencial de esta revolución? En que la técnica se desvincula totalmente de las leyes de la vida orgánica, a las cuales había estado subordinada hasta entonces. La técnica reemplazó y reemplaza en forma creciente la naturaleza viva por la muerta, lo natural por lo artificial, la persona por la máquina, lo individual por la norma, la calidad por la cantidad. Lo que antes la fuerza creadora de la naturaleza había producido en un proceso lento y orgánico, fué y es creado ahora por la voluntad humana. Lo que antes había sido realizado por la fuerza del hombre o del animal dentro de determinados plazos y límites naturales, es creado ahora por la máquina, sin intervención del ingenio personal del obrero, sin participación del alma, pero con una precisión matemática y una rapidez y capacidad de producción sin límites.

Todos estos descubrimientos e inventos eran y son, dentro del orbe de la raza blanca, internacionales. Los investigadores y sabios de todos los países contribuyeron a los adelantos científicos y técnicos y éstos llegaron a ser, por eso, patrimonio de todos. En todo el planeta, empezó a brillar, a partir de los fines del siglo pasado, la luz eléctrica. Por todos los continentes se extendieron los cables telegráficos y las líneas de ferro-

carril. Por todos los océanos, cruzan los grandes transatlánticos. en todos los países, publican las prensas rotativas, día por día, millares de diarios y revistas, tantos como antes no eran producidos en un siglo entero. Y los puntos donde llegan los periódicos, llevan las características del mundo moderno industrializado: velocidad, cantidad, uniformidad.

En el último decenio antes de la primera guerra mundial, se multiplicaron aún los grandes descubrimientos e inventos: los rayos X, la radioactividad, investigación de los átomos, radiotelegrafía, automóviles, submarinos, aeroplanos. Todos estos inventos fueron llevados a su mayor perfección durante la primera y la segunda guerra mundial, hasta que, finalmente, en nuestros días, los grandes maestros de la técnica, los norteamericanos, han hecho el más grande de todos los descubrimientos: la desintegración del átomo, descubrimiento que pone a disposición del hombre la energía misma que mueve el universo. Pero frente a estos descubrimientos y, especialmente, frente a este último, surge la gran interrogante de si han sido hechos para bien o para mal de la humanidad, si la técnica queda al servicio del hombre o si el hombre ha quedado convertido en esclavo de la técnica.

El desarrollo económico. — La revolución industrial repercutió, como era lógico, hondamente en la vida económica. Los medios de comunicación dieron la posibilidad de poner a disposición de cada pueblo las materias primas y los productos de los continentes más lejanos. Se hizo posible la explotación económica de todas las zonas del planeta. También estos fenómenos fueron internacionales, creando una interdependencia económica de todos los países del mundo.

Otra de las consecuencias de los cambios mencionados fué un enorme incremento de la riqueza y del capital. El dinero llegó a ser una potencia, dando origen al capitalismo. En el año 1913, el capital existente era más del doble del dinero que hasta entonces había existido durante toda la historia.

Las enormes masas de capital movable condujeron, conjuntamente con las conquistas técnicas, a una revo-

lución total de la economía y, en particular, del sistema de crédito. Las inmensas cantidades de dinero circulante dieron a los gobiernos la posibilidad de aumentar continuamente sus gastos, los impuestos y las deudas internas y externas. A la vez, también los particulares se acostumbraron al sistema de crédito. En vez de financiar un negocio o una industria con capital propio, obtenían dinero prestado, esperando que las ganancias futuras permitirían cubrir las deudas. El sistema de créditos hizo posible la formación de las innumerables sociedades anónimas que empezaron a formarse a mediados del siglo 19. El dinero se hizo independiente del trabajo personal. Cada persona de cierta fortuna tiene la posibilidad de aumentar su riqueza, invirtiendo sus ahorros en una sociedad anónima, recibiendo de ésta un determinado interés.

Nada más característico que el nombre de "Sociedad Anónima". Ya no es la persona que aumenta su fortuna mediante los esfuerzos personales; el dinero produce dinero. Disponiendo de un determinado capital, éste se multiplica sólo.

Acciones, letras, bonos del Estado aumentan año por año. Al mismo tiempo, aumenta la importancia de la especulación, originada por las acciones y los bonos. Aumenta el poder de la bolsa. El capital dicta los precios.

La producción industrial, las fábricas han reemplazado a la antigua artesanía que producía para el cliente individual y el consumo local. Ahora, cada fábrica produce en serie; su mercado es el mundo entero. Los precios de los productos ya no dependen de las circunstancias locales, sino de la situación económica general del mundo. Las alzas y bajas en las bolsas de Nueva York o Londres producen ganancias fabulosas o bancarrotas desastrosas en todo el mundo.

También el capitalismo es un fenómeno internacional. Determinadas empresas dominan el mundo. Ellas controlan las materias primas y los mercados; ellas monopolizan el oro y el capital. Ellas producen alzas y bajas en los valores. Sus actividades permanecen, a menudo, ocultas; ni los gobiernos, ni los pueblos las

conocen. Las potencias del dinero adquieren influencia sobre la prensa, los partidos políticos y los mismos gobiernos. Las empresas capitalistas hacen y deshacen los gobiernos. Así como la técnica cubrió el planeta con una red de cables y líneas férreas, así lo cubrió el capitalismo con su red de créditos, acciones, consorcios y sociedades anónimas, haciendo que la política y la economía se entrelazaran en un nudo insoluble.

2. La Paz armada

La guerra total. — Los fenómenos mencionados convergieron para producir un cambio profundo en el orden militar. Constantemente aumentó en este período el potencial de los ejércitos y las escuadras. Los ejércitos mercenarios de las monarquías absolutas fueron reemplazados en la época democrática por los ejércitos nacionales con sus millones de soldados. Todos los Estados declararon el servicio militar obligatorio. El aumento de las poblaciones hizo que el número de reclutas llamados cada año a las filas, creciera constantemente. Al estallar la primera guerra mundial, se confrontaban en los campos de batalla 3 millones de soldados, cifra que ascendió durante la guerra a 15 millones.

Al mismo tiempo, se modificó profundamente el carácter de la guerra. Los adelantos técnicos hicieron posible la construcción de armas completamente nuevas, de un poder destructivo jamás imaginado. En todos los países, se construyeron gigantescas fábricas de armamentos. Se inventaron el fusil de repetición y la ametralladora, poderosos cañones de acero, la dinamita, el torpedo, el tanque. La última guerra añadió a ello la fuerza aérea, cuyo poder de destrucción supera aún todo lo que se había inventado hasta entonces.

El primer efecto del creciente potencial bélico fue un terror ante la guerra, tanto entre los gobiernos como entre los pueblos. Existían armas secretas, jamás ensayadas. Se hablaba de la guerra y de la guerra bacteriológica, y la posibilidades de que estos espantos se hicieran efectivos, llenaban a los hombres de horror. En el momento de estallar una guerra general, debían cho-

car masas de soldados, masas de material y fuerzas destructoras como no los había habido en ninguna época.

¿Quién podía tomar sobre sí la responsabilidad de hacer estallar una guerra internacional, con sus innumerables muertos y la enorme destrucción de bienes materiales que debían ser su resultado fatal? Toda la población, ancianos mujeres y niños, el hogar más humilde en el campo y ciudades enteras debían quedar afectados por la guerra moderna que sería una guerra total. Todos los pueblos sentían horror ante la guerra moderna. Mas, la única medida que tomaban los gobiernos para evitar la guerra era la de aumentar aún más el potencial bélico. Todos los Estados declaraban solemnemente que repudiaban la guerra y que sólo seguían armándose para asegurar la paz. Para intimidar al posible adversario, para hacer la guerra imposible, perfeccionaba cada potencia su ejército y su marina.

Intentos de salvar la paz. — Ciertamente que también se pensó en reducir los efectos más desastrosos de la guerra moderna por medio de acuerdos internacionales. En los años 1899 y 1907 se celebraron para este fin las conferencias de La Haya, en que participaron todas las potencias europeas, la mayor parte de los Estados americanos, Turquía, China y el Japón. Se tomaron acuerdos que prohibieron el empleo de venenos, de gases, de determinados proyectiles. Se acordaron determinadas reglas para la guerra naval. Se instituyó un tribunal internacional para solucionar pacíficamente los conflictos entre los Estados.

Mas, el resultado de estas conferencias fué, prácticamente, nulo. Las soluciones a que se llegó se referían a asuntos secundarios. Cada Estado seguía defendiendo su soberanía ilimitada e incondicional. Ningún Estado estaba dispuesto a limitar su egoísmo nacional en bien de la seguridad mundial y de la humanidad. Cada gobierno seguía aumentando su potencial bélico. En el momento de incrementar un Estado el número de sus soldados y barcos, el vecino llamaba a las filas un número aun mayor de reclutas y construía barcos de guerra aun más grandes, cañones aun más poderosos, proyectiles aun más terribles. Los ministerios de guerra y marina perfeccionaban constantemente las armas de

acuerdo con los últimos adelantos de la ciencia y la técnica. En cada país, el Estado Mayor preparaba los planes de movilización y de ataque de acuerdo con los últimos progresos de los medios de comunicación. La carrera armamentista seguía en forma vertiginosa y en ningún país se producía una protesta realmente seria contra esta evolución.

De este modo, al mismo tiempo que la interdependencia internacional se hacía cada vez más estrecha, que el sistema económico adquiría un carácter internacional, que el mundo llegaba a formar, por primera vez, un solo sistema político, al mismo tiempo se intensificaban los conflictos entre los Estados y se presentaba la amenaza de una guerra tan terrible como jamás se había visto en la historia.

Nacionalismo e Imperialismo. — El aumento del potencial bélico tuvo, fuera de sus consecuencias internacionales, también importancia para la política interna. El poder de los gobiernos en el interior aumentó considerablemente. En las revoluciones de 1830 y 1848, el pueblo se había podido amotinar y sublevar y los gobiernos habían sido impotentes frente a los levantamientos populares. El pueblo había levantado barricadas en las calles, había ocupado los edificios públicos y se había adueñado de la situación, dictando sus condiciones al gobierno. Todo esto se hacía ahora imposible, mientras que los ejércitos se mantenían alejados de la política, sirviendo incondicionalmente a los gobiernos. Contra las armas modernas, las ametralladoras, los cañones y los gases lacrimógenos, una revolución popular improvisada ya no tenía ninguna esperanza de triunfar. Como único recurso de los revolucionarios y conspiradores quedaba el atentado político. Así se explica que después del año 1848, fecha de los últimos levantamientos populares, ya no se produjera ninguna revolución seria, por lo menos, en los Estados europeos. En cambio, los atentados se seguían rápidamente. El emperador Guillermo I de Alemania y el canciller Bismarck fueron varias veces objetos de atentados y sólo se salvaron milagrosamente. En cambio, cayeron víctimas de los atentados políticos el Zar Alejandro II, la emperatriz Isabel de Austria, el rey Humberto de

Italia, el rey Carlos de Portugal, los reyes de Serbia, el presidente francés Carnot y el norteamericano Mac Kinley. El atentado político es una práctica tan abominable como peligrosa, y sólo se explica por el hecho de que es el único recurso de que aun disponen los enemigos de un gobierno para originar un cambio político violento, en vista de que un levantamiento popular es impotente frente a la fuerza militar de que dispone el Estado moderno.

Y el poder de los gobiernos no queda robustecido únicamente por la fuerza militar, sino también por tantos otros adelantos técnicos. Los ferrocarriles, el teléfono, el telégrafo, el avión, la radio dan la posibilidad de centralizar hasta el máximo la administración. Las órdenes del gobierno pueden llegar en pocos minutos hasta la aldea más pequeña y los puntos más distantes. Todo el territorio de un Estado queda relacionado directamente con el gobierno central, el cual puede controlar fácilmente todo el país.

Los progresos técnicos repercutieron, a la vez, en la diplomacia internacional. Cada gobierno está en continuo contacto con sus representantes en el extranjero. Cada gobierno recibe constantemente noticias de todas las partes del mundo. Esto hace que los cambios en la política internacional sean cada vez más rápidos. Y, en general, se puede decir que en los últimos decenios el ritmo de la vida se ha acelerado cada vez más.

Otro factor que contribuyó considerablemente a robustecer el poder de los gobiernos es la propaganda. Por medio de la prensa y de la radio, cada gobierno puede exponer sus ideas e intenciones diariamente al pueblo y a los demás Estados. Cada gobierno trata de ganar influencia sobre la prensa de los demás países, por medio de la compra de periódicos o pagando a los periodistas de otros países.

Como cada Estado se aprovechó de los adelantos técnicos para incrementar el propio poder, intensificáronse, como ya digimos, los antagonismos entre los Estados. Cada uno necesitaba cada vez más alimentos para su población que aumentaba constantemente. Cada Estado necesitaba más materias primas y nuevos merca-

dos para su creciente industria. Casi todos los países trataron de conquistar colonias para poder abastecer a su industria, vender sus productos y crear espacio para el exceso de su población.

Al propio tiempo, trataron todas las grandes potencias de ganar influencia sobre otros países por medio de la concesión de créditos. Antes de la primera guerra mundial, Francia concedió grandes créditos a Rusia; Alemania a Turquía; Inglaterra a Egipto. A partir de la primera guerra, este sistema fué llevado hasta sus últimas consecuencias por Estados Unidos que, debido a sus enormes riquezas, pudo convertirse en acreedor de casi todos los países del mundo. Este imperialismo económico es, a la vez, un imperialismo político. Pues el país que recibe créditos de otra potencia cae inevitablemente bajo la dependencia de ésta.

A partir de los mediados del siglo 19, todas las grandes potencias siguieron una política imperialista, interviniendo en la política y la economía de otros países. Y eso hizo crecer aún más los antagonismos internacionales. El número y el poder de los rivales aumentó continuamente y a medida que la tierra se hacía cada vez más pequeña para la creciente competencia, los intereses opuestos chocaban en forma cada vez más violenta.

De este modo, a pesar de la interdependencia cada vez más estrecha entre los Estados y, a la vez, como consecuencia de este fenómeno, las rivalidades entre los Estados se agravaban cada vez más. Y en vez de tratar de vencer los numerosos conflictos por medio de una colaboración internacional, acentuábanse cada vez más el egoísmo y el nacionalismo de cada país.

El mundo había llegado a formar una unidad. Hasta entre los puntos más distantes del planeta existía un continuo intercambio. Pero esta unidad del mundo no se había logrado, por medio de la cooperación de los países europeos, sino a través de una encarnizada competencia entre ellos. Y, después de haberse extendido la influencia europea sobre todo el mundo, la competencia se intensificó aún más, tratando cada Estado de adelantarse a los demás y superarlos.

El nacionalismo era la asignatura de la época. Pero no un nacionalismo sano, que implicase el reconocimiento de las otras naciones, sino un nacionalismo imperialistas. No existía ninguna idea superior. Cada nación quería ser, no sólo independiente, sino también fuerte y poderosa. Cada nación tomaba en cuenta únicamente los intereses propios, sin fijarse en los demás, sin pensar en la humanidad. Finalmente, los antagonismos llegaron a ser tan grandes que ya no pudieron ser reconciliados, estallando la guerra mundial.

3. Democracia y Socialismo.

La democracia triunfa. — Dijimos que en el siglo 19, el poder material de los Estados aumentó constantemente. Pero, a la vez, se debilitó su poder interno, deshaciéndose la unidad nacional.

El siglo 19 no es sólo la centuria de la ciencia, la técnica, el nacionalismo y el imperialismo, sino también de las constituciones parlamentarias y de la democracia. Después de la independencia de los Estados Unidos y la Revolución Francesa, las ideas liberales y democráticas se propagaron irresistiblemente por todos los países de cultura occidental y, finalmente, también por los países de otras razas.

Los monarcas, acostumbrados a un poder absoluto, opusieron, en un comienzo, a las corrientes liberales y democráticas la más decidida resistencia. Pero gradualmente tuvieron que ceder. En algunos países se impuso la monarquía constitucional, en otros se organizó la República. Ya a fines del siglo pasado, las nuevas ideas habían triunfado en todas partes.

En todos los países se había impuesto el sistema representativo. En todas partes los pueblos elegían a sus legisladores y, en algunos Estados, también a sus gobernantes. En algunas partes, el sufragio estaba aún limitado; pero la evolución general tendía hacia el sufragio universal directo. Algunos Estados concedieron también a la mujer el derecho de voto. Primero los Estados escandinavos y más tarde Inglaterra admitieron a la mujer en el Parlamento.

En todas partes, aumentó en este tiempo la influencia de los representantes del pueblo sobre el gobierno. Ellos dictaban las leyes, controlaban la administración, vigilaban el ejecutivo. En las democracias más avanzadas, como en Francia, hasta el poder ejecutivo pasó a manos de los representantes del pueblo. Únicamente la política externa quedó reservada a un pequeño grupo de "iniciados".

La participación del pueblo en los asuntos públicos se realizaba a través de los partidos políticos. La técnica moderna, particularmente la prensa, la radio y los medios de comunicación, permitieron a los partidos a intervenir en forma cada vez más intensa en la vida nacional. El número de sus miembros aumentaba constantemente y los partidos empezaron a formar bloques sólidamente organizados.

Al igual que los Estados, experimentaron también los partidos una evolución hacia la izquierda. A fines del siglo, ocupaban los conservadores el puesto que a comienzos habían ocupado los liberales; y éstos estaban en el lugar donde antes se habían hallado los radicales. Por regla general, se puede decir que la evolución política tendía hacia la izquierda, estando la iniciativa y la mayor actividad de parte de los elementos radicales. Antes de la primera guerra mundial, aun conservaron el predominio los partidos del centro, prevaleciendo las tendencias moderadas. Pero ya en el intervalo entre la primera y la segunda guerra se acentuaron las tendencias izquierdistas y actualmente vemos como en Europa han desaparecido todos los antiguos partidos conservadores, triunfando los grupos de extrema izquierda.

Al propio tiempo, experimenta el sistema democrático graves crisis. En numerosos países sigue siendo la idea más fuerte, pero en todas partes se ve frente a nuevas ideas y nuevos sistemas y aun no se puede predecir en qué terminará esta evolución.

Capitalismo y socialismo. — La consecuencia más importante del triunfo de las ideas democráticas fué el hecho que la continua ampliación del sufragio dió también a las clases bajas del pueblo, el cuarto estado, la posibilidad de intervenir activamente en la vida pública.

Ya hemos visto que, como consecuencia de la revolución industrial, casi todos los países europeos habían experimentado profundos cambios en su estructura social. La población urbana superó lejos a la campesina. Al mismo tiempo, los artesanos y los pequeños comerciantes e industriales fueron reemplazados por los poderosos capitalistas que ocupaban en sus fábricas a centenares de obreros. El número de habitantes que vivía sólo de su sueldo o salario aumentó cada vez más. En nuestros días, la casi totalidad de los obreros industriales vive únicamente de sus salarios, sin tener ninguna propiedad y sin tener tampoco una participación en el capital. La clase obrera aumentó cada vez más y llegó a ser, en los países europeos, la clase más numerosa de la población. Y esto tuvo las mayores consecuencias para la vida social y política.

La democracia que, según sus primeros defensores, debía dar la libertad y los derechos políticos, ante todo, a la clase media, fué defendida ahora principalmente por la gran masa de los obreros que deseaban conquistar el derecho de intervenir en los asuntos políticos y de librarse de la dependencia económica. La democracia se convirtió, de este modo, de movimiento burgués en movimiento socialista. Por medio del sistema democrático, quería y quiere la masa obrera hacer triunfar las ideas socialistas.

Es sabido que en los comienzos de la era industrial capitalista se produjeron las más tremendas injusticias y los mayores abusos, especialmente en Inglaterra y Francia. La competencia ilimitada de la economía liberal condujo a una explotación desenfrenada de los obreros. Las condiciones de trabajo eran sobrehumanas. Las mujeres y los niños trabajaban hasta 15 horas al día. Existían la mayor pobreza y la más tremenda miseria.

Estas circunstancias exigían una modificación radical del sistema económico y, más aún, del sistema de gobierno en general. Ya no era posible entregarlo todo a la iniciativa privada, como lo había hecho el liberalismo. Partiendo de la base que la libertad e iniciativa individuales conduciría a la felicidad de cada uno y to-

dos, el liberalismo había basado la economía sobre el principio de la libre competencia. Mas, este sistema, lejos de conducir a la felicidad de todos, hizo posible la más escandalosa explotación de los pobres, siendo la consecuencia la más tremenda miseria. Se hizo necesario abandonar el sistema liberal. El Estado hubo de intervenir en bien de la clase obrera.

La intervención del Estado era exigida, además, por el continuo crecimiento de las ciudades. La estrecha convivencia de las grandes masas de la población urbana impuso la obligación de organizar colectivamente servicios que antes habían estado en manos de empresas particulares. Los servicios de luz y agua, aseo, defensa contra incendios, seguridad pública, movilización; todo esto ya no pudo quedar entregado a la fuerza individual y tuvo que ser organizado por el poder público.

Está fuera de duda que esta intervención del Estado en la vida colectiva tuvo efectos benéficos. Las condiciones de vida mejoraron considerablemente. Higiene, las medidas contra las enfermedades, contra la inmoralidad y la ignorancia; disminución de la mortalidad, protección de la vejez y de los inválidos, mayor seguridad pública — todas estas medidas son las felices conquistas de los últimos decenios en bien de la sociedad.

Las medidas tomadas por los gobiernos resultaron, ante todo, en beneficio de la clase obrera, tanto por corresponder a una necesidad efectiva, como por ser exigidas por los partidos socialistas. Alemania fué el primer país donde se tomaron enérgicas medidas destinadas a remediar los males que se habían producido a raíz de la revolución industrial y la formación de una numerosa clase obrera. Bajo Bismarck, se dictaron, a partir del año 1881, numerosas importantes leyes que protegieron a los obreros contra accidentes, enfermedades, vejez e invalidez. Pronto se tomaron idénticas medidas en los demás países. Se procedió también a reglamentar las condiciones de trabajo: se fijaron las horas de trabajo, se limitó el trabajo de mujeres y niños. Las empresas fueron obligadas a crear condiciones de trabajo sanas y seguras. A comienzos del siglo 20, se empezó a cobrar a patronés y obreros imposiciones de cesantía para ase-

gurar a éstos contra una eventual desocupación. Gradualmente, se impuso en todos los países el criterio que el Estado debe intervenir en la vida económica y social, dictando leyes que garanticen a cada persona un cierto standard de vida. A través de violentas luchas y agitaciones, se impuso y se está imponiendo el concepto de que la legislación social, o sea, la de los problemas sociales por el Estado, es una necesidad, no sólo en protección de las clases inferiores, sino en beneficio de la sociedad entera.

No se pueden negar los grandes éxitos que se han conseguido en la realización de este programa. Sin embargo, no se pueden ocultar tampoco sus defectos y fracasos.

La legislación social, tal como se ha practicado hasta ahora, ha beneficiado, en primer lugar, al empleado y obrero, perjudicando, a menudo, al patrón y, con eso, a la producción y a la sociedad entera. Además, la protección de la existencia material, las seguridades de que disfruta el obrero contra enfermedades, cesantía, etc., han debilitado el sentido de responsabilidad y la iniciativa privada. El obrero ya no tiene que preocuparse individualmente de su porvenir, puesto que sabe que el Estado lo protegerá contra cualquiera eventualidad. Las organizaciones colectivas ponen la decisión en las manos de las masas anónimas y no del individuo responsable. La creciente democratización y socialización de la vida paralizan las fuerzas individuales y producen una nivelación de la sociedad. Y esta nivelación está orientada, no hacia arriba, sino hacia abajo. También en este aspecto la cantidad se ha impuesto a la calidad.

Sin embargo, mucho más importante que estos defectos es el hecho que, hasta la fecha, la legislación social no ha podido evitar un constante aumento del capitalismo y que tampoco ha logrado satisfacer las exigencias de la clase obrera. Los inventos técnicos, a pesar de haber mejorado las condiciones de vida también de las clases inferiores, incrementaron, en primer lugar, la riqueza y el poderío de los capitalistas. Ya hablamos del gigantesco aumento del capital, del comercio y de la industria. La producción de oro, por ejemplo, que es

calculada para los tres siglos y medio, de 1500 a 1850, en 16 mil millones de pesos, ascendió en sólo 60 años, de 1850 a 1910, a 55 mil millones. En estos seis decenios, se produjo tres veces más oro que antes en tres siglos y medio.

Estas cifras reflejan el extraordinario aumento del comercio, la industria y el capital. El dinero llegó a ser una nueva potencia en el mundo y en todas partes trataron las grandes empresas industriales y comerciales de aumentar aún más su poder, interviniendo activamente en la política nacional e internacional. En los Estados Unidos nació primero el sistema de fundir distintas empresas en un solo consorcio que monopolizaba la fabricación y venta de determinados productos. Así nacieron los gigantescos "trusts" del hierro, caucho, petróleo que, abarcando el mundo entero, concentraban en sus manos un inmenso poder económico y político, haciendo imposible la libre competencia, porque nadie podía ya rivalizar con estos enormes consorcios. Su intervención en los destinos de los pueblos llegaba a ser cada vez más decisiva. Desencadenaban guerras y revoluciones para vender armamentos; insistían y destituían gobiernos para apoderarse de una fuente de petróleo o de una mina de hierro. Como todos estos "trusts" eran sociedades anónimas, siendo dirigidos por consejos y directorios, los verdaderos autores permanecían en el anonimato; nadie asumía personalmente la responsabilidad. La personalidad y responsabilidad del individuo quedaban ocultas detrás de la forma democrática de la sociedad anónima. Por eso, nadie conocía realmente a los verdaderos dirigentes, los reyes del dinero. Pero aunque permanecieran anónimos, aunque los pueblos no se enteraban de las verdaderas causas de las crisis económicas y de los conflictos políticos, la influencia del capital se hacía sentir en todas partes. El capitalismo procedía inescrupulosamente y se servía de todos los medios, de los más generosos y de los más abominables. Según las circunstancias, empleaba métodos violentos o prefería la suave persuasión. Precisamente, en las democracias avanzadas, en Estados Unidos y Francia, el capitalismo tenía el mayor poder, y, de vez en cuando, permitía ver un escándalo

toda la corrupción reinante entre la clase capitalista, teniendo triste fama, por ejemplo, el escándalo que se produjo en Francia a raíz de la bancarrota de la sociedad que había emprendido la construcción del canal de Panamá, escándalo en que estuvo comprometida toda la clase dirigente de Francia.

El capitalismo, fruto de la economía liberal, se convirtió, pues, en uno de los principales problemas de la época. Y los Estados democráticos hasta ahora han sido incapaces de solucionarlo. Por este motivo, todas las medidas tomadas por los gobiernos para proteger la existencia material de las clases bajas y explotadas no produjeron el resultado de reconciliar a las masas obreras con la sociedad y la organización política existente. El obrero continuaba y continúa sintiéndose explotado y, como no tenía el poder para luchar individualmente por mejorar sus condiciones de vida, se unió con los miembros de su clase. En todas partes, se organizaron los obreros, formando sindicatos. Los sindicatos eran y son organizaciones de los obreros que, por medio del esfuerzo colectivo, hacen valer sus exigencias y aspiraciones. Su programa es en todos los países el mismo: aumento de salarios, mejora de las condiciones de trabajo, reducción del horario. Y también su arma es en todos los países la misma: la huelga.

Debido a que Inglaterra fué el país donde nació la industria moderna, formáronse aquí también los primeros sindicatos; produciéndose aquí por vez primera todos aquéllos fenómenos que son tan típicos para nuestro tiempo: huelgas, lock-outs, escasez de alimentos y carbón y otros artículos como consecuencia de los paros; continuo aumento de salarios y, con eso, forzosamente, del costo de la vida.

Los sindicatos, a pesar de haber sido en un comienzo únicamente organizaciones para la lucha económica, adquirieron luego un carácter político, como consecuencia de la formación de partidos políticos, fundados para el fin de conquistar, no ya sólo ventajas económicas y sociales para la clase obrera, sino, ante todo el poder político del proletariado.

Casi todos los partidos obreros se basan en su programa, su ideología y sus aspiraciones en la doctrina marxista. El Marxismo enseña que la sociedad capitalista y el Estado que le corresponde terminan forzosamente en el comunismo. Para acelerar este proceso, el proletariado de todos los países debe unirse e iniciar la lucha de clases. Esta lucha terminará con el triunfo del proletariado, el cual establecerá su dictadura con el fin de liquidar radicalmente la sociedad capitalista y preparar la era ideal en que existirá una sociedad sin clases; ya no habrá Estados ni naciones; reinará la plena justicia social.

Sobre la base de los principios proclamados en el Manifiesto comunista, organizó Carlos Marx, en el año 1864, la I. Internacional, con el fin de unir a los proletarios de todos los países para iniciar la lucha de clases. A pesar del carácter internacional de las ideas marxistas, el socialismo político tomó cuerpo y se desarrolló dentro de los diferentes Estados. Sin embargo, los dirigentes socialistas no abandonaron las esperanzas de poder coordinar todas las fuerzas. Después de haberse disuelto la I. Internacional, se organizó, en el año 1889, la II., que tenía un programa marcadamente antimilitarista y pacifista. Mas, pese a esta unificación de los partidos obreros, cada uno siguió evolucionando de acuerdo con las peculiaridades de cada nación y el programa de una colaboración del proletariado internacional quedó una mera frase. El hecho que prueba en la forma más patente que el patriotismo era aún más fuerte que la solidaridad internacional de los obreros, es la guerra mundial, durante la cual las masas obreras de cada país se identificaron plenamente con su nación, traicionando la idea de la solidaridad internacional y contribuyendo al triunfo de los intereses capitalistas de la sociedad burguesa.

Mas, si bien el proletariado no pudo barrer las diferencias nacionales, fracasando el aspecto internacional de su programa, dentro de cada Estado ganó cada vez mayor importancia, conquistando numerosos éxitos.

Estos partidos obreros socialistas, a pesar de formarse dentro del sistema democrático parlamentario y

a pesar de utilizar para sus fines los medios y las instituciones que les proporcionan el régimen democrático, eran y son, en el fondo, contrarios al sistema democrático tradicional que, debido a las circunstancias históricas, posee un carácter liberal y está basado en la clase media y en la economía capitalista. Los partidos obreros, opuestos a la burguesía y al capitalismo, no se identificaron, por este motivo, con la sociedad y el Estado existentes, sino que lucharon y luchan por su transformación y destrucción. A medida que las masas obreras se hacen cada vez más numerosas y adquieren cada vez más peso social, económico y político, deben aumentar forzosamente los antagonismos entre las tendencias socialistas, por un lado, y la sociedad burguesa, la economía capitalista y el Estado liberal-democrático, por el otro. En nuestros días, estos antagonismos han alcanzado su plena agudeza. En todos los países luchan las masas obreras contra la clase media, el socialismo contra el capitalismo, el colectivismo contra los últimos reductos del sistema liberal. No pasa día en que no estalle una huelga, la expresión más patente del descontento del proletariado y, a la vez, la expresión del creciente poderío de la clase obrera.

El capitalismo y el socialismo constituyen, pues, los dos fenómenos más importantes y típicos de la época imperialista y democrática. Tanto el capitalismo como el socialismo fueron y son, desde cierto punto de vista, necesarios y benéficos. El capitalismo hizo y hace posible la producción en masa que permite la explotación de todas las riquezas de la tierra, que contribuye a un constante perfeccionamiento de las condiciones materiales de la existencia y que crea la posibilidad de poner los inventos científicos y los elementos técnicos al servicio de todas las clases sociales.

El socialismo, por su parte, recibe su justificación del hecho de haber logrado ya grandes éxitos en beneficio de las clases obreras y de seguir luchando por una mayor justicia en el orden económico y social.

Sin embargo, ambos fenómenos entrañan graves peligros. El capitalismo quiere monopolizar la riqueza y el poder y quiere colocarlos en las manos de unas pocas

personas. Sin pensar en el bien común, ni en la humanidad, se aprovecha de la debilidad de las clases inferiores y de las naciones pequeñas para crear fortunas cada vez más inmensas, con el resultado de que el dinero se convierte en ídolo y en dueño del hombre. El dinero adquiere un fin en sí. La clase capitalista vive para la riqueza, pero no sabe qué hacer con ella. La fortuna de unas pocas personas crece constantemente, pero no es aprovechada en bien de la sociedad. El capitalismo ha llegado a ser, de este modo, un peligro para la sociedad y para la humanidad, en general. Procediendo inescrupulosamente, sigue una política imperialista, organizando guerras y revoluciones, con el solo fin de monopolizar enteramente la riqueza y el poder económico. Unas pocas personas dirigen la economía mundial, sin pensar en una distribución equitativa de las riquezas de la tierra entre todos los pueblos y todas las clases sociales. Mientras que no desaparezca el capitalismo imperialista, jamás podrá haber una paz internacional, ni una paz social. Siempre habrá guerras y luchas sociales, porque contra el capitalismo siempre se levantarán aquellas naciones que carecen de los medios de subsistir o de mejorar su bienestar nacional; siempre se levantarán las clases bajas que se saben explotadas por la pequeña clase capitalista.

El socialismo fué una lógica reacción contra los abusos del capitalismo. Pero, a pesar de todos los aspectos positivos que tiene indudablemente, implica igualmente graves peligros. No sólo quiere dar a las clases inferiores lo que justamente merecen, sino que quiere darles el dominio político sobre las demás capas de la sociedad. El socialismo, al triunfar en su forma marxista, conduciría a la dictadura del proletariado, a una nivelación total de las fuerzas individuales y, con ello, a la destrucción del Yo personal, del alma, del espíritu. El resultado sería una colectivización total de la sociedad en que el ser humano sería una mera máquina que trabaja para satisfacer únicamente sus necesidades materiales.

El capitalismo y el socialismo son los dos resultados opuestos del mismo fenómeno: una distribución desigual del poder económico, social y político. La clase capita-

lista posee este poder y lo desea conservar y aumentar. La masa obrera carece de este poder y lo desea conquistar. Al mismo tiempo que aumenta el poder del capitalismo, intensifican sus esfuerzos las clases obreras. Los choques son inevitables y se acentuarán mientras que no se modifique el orden de vida.

4. Evolución cultural

Fe en el progreso. — Los fenómenos y movimientos que acabamos de caracterizar en sus rasgos más generales produjeron en el curso del siglo 19 una transformación radical del mundo de las realidades y de las ideas. Surgió entonces el gran problema que sigue siendo en nuestros días el problema fundamental de nuestra existencia: ¿Será el hombre capaz de dominar este nuevo mundo tan radicalmente transformado? ¿Será la voluntad humana capaz de armonizar las nuevas fuerzas con los fines ideales de la humanidad? A pesar de la trascendencia del problema, el siglo 19, que creó estas circunstancias, no se preocupó de él, ni mucho menos trató de solucionarlo. El siglo 19, el siglo de la ciencia, de la técnica y del progreso no tomó conciencia de los inmensos problemas y peligros que implicaba esta evolución. Es como si los enormes cambios se hubieran verificado como una catástrofe de la naturaleza, frente a la cual el hombre no reacciona, sino que se deja arrastrar por los acontecimientos, sin comprenderlos, sin tratar de dominarlos. La revolución industrial pesaba como una pesadilla sobre los hombres, sin que éstos procurasen organizar las fuerzas por ellos desencadenadas. ¡Cuántos antagonismos no dividían el mundo! El capitalismo y el socialismo, el militarismo y el pacifismo, democracia y marxismo, los poderes nacionales y los internacionales estaban enlazados en estrecha interdependencia, pero, a la vez, chocaban con creciente violencia y los conflictos se hacían irreconciliables. La época imperialista no halló una unidad superior para organizar y reconciliar las fuerzas opuestas, no poseyó ni posee una idea superior, ninguna concepción del mundo que le permita dar un sentido a los acontecimientos particulares y a la evolución en general. Los

grandes cambios que tuvieron lugar durante el siglo 19 fueron originados por el hombre, pero no dirigidos ni comprendidos por él. El siglo 19 fué una época sin fe ni filosofía, incapaz de dar un sentido al mundo.

Por un lado existía aún la fe ciega en la omnipotencia de la razón humana, fe que se basaba en los grandes adelantos científicos y técnicos que se hacían en estos decenios. En ningún otro período de la historia, el conocimiento metódico de la naturaleza había hecho tan extraordinarios progresos como a partir de los mediados del siglo 18. En ningún otro tiempo, se habían realizado tantos adelantos en el aprovechamiento técnico de las fuerzas naturales. La naturaleza entera quedaba al servicio del hombre.

Mientras que en los tiempos anteriores las necesidades prácticas habían originado los descubrimientos científicos, ahora la ciencia se adelantaba a las necesidades y sorprendía diariamente a los hombres con nuevos descubrimientos, cada vez más extraordinarios, que en seguida eran aprovechados por la técnica para hacer la vida más segura y más confortable.

El planeta entero quedaba abierto a la inteligencia humana. Al parecer, no había ningún límite que pudiese impedir al hombre aprovecharse de la totalidad de las fuerzas y riquezas de la tierra. Los progresos se seguían ininterrumpidamente y, al parecer, continuarían indefinidamente. Al mismo tiempo que la ciencia modificaba las condiciones materiales de la existencia, influía también en las ideas y en la concepción del mundo. La física, la química y la biología daban al hombre el acceso a regiones hasta entonces completamente ignoradas. La fuerza de sus sentidos y de su inteligencia se multiplicaban. Al parecer, el hombre había encontrado la piedra filosofal que le permitiría traspasar las fronteras orgánicas de la naturaleza. La inteligencia humana lo abarcaba todo, desde la formación de los astros hasta la composición de los átomos, y compenetraba tanto el microcosmo como el macrocosmo.

Al propio tiempo que la ciencia penetraba en los últimos secretos de la naturaleza, se apoderaba también de la vida humana. La higiene, la eugenesia, el estudio

de leyes de la herencia parecían dar la posibilidad de someter al género humano a una selección racional, de perfeccionar la raza, de crear hombres más sanos y aptos, de formar una nueva especie humana, el superhombre.

La crisis intelectual. — Sin embargo, precisamente todos los descubrimientos científicos, por medio de los cuales el hombre había sometido a la naturaleza, convirtieron al hombre también en miembro y esclavo de la naturaleza. La posición del hombre en el universo cambió radicalmente. El, el dueño del universo se vió convertido en pequeña parte de él. El hombre no era sino un animal superior, sometido a la ciega ley de la causalidad.

A mediados del siglo 19 publicaba Darwin su libro sensacional en que estudiaba la vida humana desde un punto de vista netamente natural. Al igual que el animal, está el hombre subordinado a las leyes de la lucha por la existencia y de la selección.

Así como siglos atrás Copérnico había sacado a la tierra de su puesto central, asignándole un puesto secundario como pequeño trábante del sol, así ahora también el hombre era sacado de su puesto central, perdía su lugar como un ser superior y era calificado de mero animal, sometido a las ciegas leyes de la naturaleza.

Y, al igual que el hombre individual, también la colectividad era subordinada a las leyes científicas. La vida colectiva era organizada de acuerdo con la estadística, esta nueva ciencia, que, basada en la observación y la experiencia, estudiaba los cambios y las posibilidades de la existencia humana para formular leyes generales con el fin de organizar racionalmente la vida social en el porvenir.

Todo esto fué una consecuencia de la entrega incondicional del hombre a la ciencia y a la razón. Pero precisamente, las conclusiones a que llegó el racionalismo destruyeron la fe en el progreso y en las fuerzas de la razón. El liberalismo había colocado al individuo en el centro del mundo. La mayor felicidad del mayor número había sido su fin supremo. El último fin de la técnica y la ciencia habían sido el de hacer la vida cada vez más segura, fácil y comfortable. En la realización

de este programa se hicieron, indudablemente, grandes adelantos. La medicina moderna cura innumerables enfermedades que antes habían significado fatalmente la muerte. Las clínicas y beneficencias son verdaderos palacios. La cultura general ha aumentado enormemente. Sólo quedan pocos analfabetos. En todos los países, se decretó la enseñanza obligatoria. La seguridad pública ha alcanzado un grado tan alto como nunca antes. Hasta mediados del siglo 18, toda persona aun había tenido que ir armada, para defender su vida contra una eventual agresión. Ahora, la policía cuida de la seguridad y evita al individuo tener que defender su vida, su libertad y su propiedad con sus propias fuerzas.

Pero, ya en los últimos decenios del siglo 19 evidencióse que todos estos adelantos implicaban serias desventajas. Todo el aumento del confort no podía salvar al hombre de la constante intranquilidad de la vida moderna. La nerviosidad y el histerismo llegaron a ser las enfermedades del siglo 20. Todas las medidas en beneficio de los pobres y desamparados no pudieron suavizar la crueldad de la lucha social. Todas las amenidades de la pacífica vida burguesa no quitaban al monstruoso poder de los Estados modernos su tremenda fuerza destructora. La técnica perfeccionaba, simultáneamente, los medios para conservar la vida y para destruirla. La carrera armamentista seguía ininterrumpidamente. Cada vez más fuerte sonaba el grito marxista de la lucha de clases. La paz burguesa era perturbada cruelmente por atentados nihilistas.

El bienestar general que existía antes de la primera guerra no podía ocultar que, en el fondo, se movían fuerzas terribles e irracionales, tendientes a producir agitaciones aniquiladoras y sangrientas.

El liberalismo parecía ser aún la corriente dominante. Pero, a partir de los fines del siglo, aumentaban las críticas contra el orden existente. Las masas y la máquina, creadas por el liberalismo, se evidenciaban más fuertes que éste. El hombre ya no se sentía tan orgulloso del extraordinario desarrollo de las ciencias y la técnica. Desapareció la fe en la omnipotencia de la razón y en la bondad innata del hombre. Se empezó

a desconfiar de la posibilidad de que la enseñanza racional y la garantía de los derechos naturales pudiesen perfeccionar al hombre. En la literatura aumentaban las críticas contra los defectos del orden económico y social y contra la corrupción en el orden moral. Ya hacia el 1900, el hombre miraba con terror toda esa grandiosa civilización que él había creado, pero que ya no podía dominar.

Surgían y aumentaban la crítica y el descontento. No existía ninguna visión total del mundo. Todo era relativo, subordinado al eterno cambio. Bajo el riguroso examen de la ciencia, el mundo se disolvía en partículas incoherentes, movidas únicamente por las fuerzas materiales, sin una finalidad superior. Las últimas entidades de la materia y las supremas verdades de la religión, las leyes morales de la humanidad y los sistemas sociales y políticos parecían ser fenómenos fugaces en un movimiento indefinido, sin carácter real ni permanente, sin sentido y sin fin. Un total relativismo se apoderó del espíritu humano y paralizaba su voluntad. El hombre había penetrado en los secretos más íntimos de la naturaleza, pero ahora no sabía qué hacer con estos descubrimientos. Se sentía un dios y, a la vez, se reía de sí mismo, consciente de que, pese a los grandes adelantos, era, en el fondo, una nulidad. La razón humana había destruido todo lo absoluto y eterno, pero ahora el hombre se enteraba de que la destrucción de todos los valores lo amenazaba con su propio aniquilamiento.

Un general nihilismo empezó a apoderarse de la mente humana. Después de haber perdido la fe en Dios, el hombre la había sustituido por la fe en sí mismo; ahora perdía también esta fe y se veía frente a la nada.

5. La catástrofe

Una general confusión se apoderó del mundo. Los conflictos se acentuaban. Los intereses materiales chocaban. Ya no había ninguna orientación ideal. La red de las relaciones internacionales se hizo cada vez más confusa y, finalmente, en vista de que nadie sabía ya cómo salir de la confusión, estalló la guerra, como único

recurso para solucionar por medio de la fuerza lo que los hombres no habían sabido solucionar amistosamente. Las dos guerras mundiales fueron la prueba más patente de la incapacidad y del egoísmo humanos. El hombre moderno, dios omnipotente, fué incapaz de solucionar sus problemas, incapaz de evitar a la humanidad las tragedias más terribles que se conocen en los anales de la historia.

Por estallar las guerras como consecuencia de la incapacidad humana, no pudieron solucionar ninguno de los problemas que los habían motivado. En medio de un mundo de tumbas y ruinas siguen chocando y luchando el imperialismo y el nacionalismo, el capitalismo y el socialismo, la democracia y el comunismo.

La herencia de la época del imperialismo es un mundo de ruinas.

R E T R A T O D E L A N I E B L A

No hay un viento tan orgulloso de su vuelo
como esta niebla volátil
que ahora está cerrando las piedras de la costa
para que ni las piedras oigan latir su lágrima encerrada.

Oh garganta, libérate en goteantes estrellas,
echa a correr tus gotas a través de los huesos,
que rueden dulcemente por la costa del día,
por las mejillas de las rocas,
aparezcan las hebras del sollozo afilado en la espuma.

Ella posa sus plumas en la visión vacía
hasta donde las alas físicas de la muerte
abren la tempestad,
sonámbula amontona sus ovejas sin ojos,
famélica devora la esencia y la presencia,
oh peste blanca recostada en la marea.

Oh ánima del suicidio, quién no ama tus cabellos
perezosos y, al verte, quién no ve sus orígenes?
Neblina de lo idéntico,
yo soy eso que soy
y estoy como un carbón condenado a dormir en mi roca.

Me desvela el espectro de la Revelación
debajo de esta blanca telaraña marítima,
tejida por la historia de la luz cenicienta:
número inscrito en mi lengua con rojos caracteres.

Oh llaga, no sabía
todo el arte de odiar que contiene tu ira metódica,
me entregaba a los cielos de niño,
respiraba en los libros los rosales del éxito,
me moría de estar con el sol de mi madre en el huerto divino.

Oh lengua,
no sabía que las hermosas rosas
son de sangre viciosa,

que yo era un animal puro como un cuchillo,
y rajé esa ilusión de un hondo tajo,
y me extasió la hondura de los cuerpos del vicio.

Oh lengua, navegué bajo de la neblina,
lo vi todo: bajé las escaleras
del amor, me robé blanca cautiva
—la imagen misma de mi bella cólera—
y la senté al festín de los sacrificados,
y me encerré en la niebla
para verlo todo.

Oh lengua:
te diría
lo que mis ojos vieron en el éxtasis,
en lo más alto de ese viento frío,
tan lejos de la niebla como próximo al fuego.

Oh lengua:
te diría
toda mi vida allí con el sol en mi cuerpo,
en lo más puro de la roca helada,
con un desierto al pie de mi castillo,
con una simple línea bajo mi alma,
como tú con un número detrás de tu apariencia
inscrito por el filo del misterio.

Oh lengua,
estoy aquí para decirte,
después de mucho ver y errar a solas
por el país lejano del castigo,
que hoy piso ya mi línea muy amada,
que he tocado las costas de esta línea
borrada por la niebla,
y estoy tocando tierra,
y sangre y esqueleto
y el vientre de esta línea donde has cantado tú
con un número adentro de tu llanto.

G O N Z A L O R O J A S P I Z A R R O

LA AGUJA DEL TIEMPO

● VOCES DE ANGUSTIA DE UN PUEBLO.

En Cuaresma del presente año publicó el Arzobispo de Friburgo, Metropolitano de las Iglesias del Rhin superior, una conmovedora Pastoral sobre los sufrimientos de aquéllos que han sido privados de sus tierras y bienes en Alemania. Dicho documento no ha llegado hasta ahora al conocimiento del público y lo revelamos por primera vez.

Empieza el señor Arzobispo por señalar que se ha prohibido, en las zonas alemanas ocupadas por Polonia, la enseñanza del alemán a los niños de esa nacionalidad; se detiene y expulsa a todo maestro o sacerdote que se atreva a tomar bajo su enseñanza a uno de esos niños. Señala a continuación las graves injusticias causadas por la desmonetización de la valuta alemana e implantación de la polaca, llevada a cabo sorpresivamente, lo que hizo imposible a los alemanes adquirir algo, a menos que se desprendieran de sus bienes. Se obligó, además, a todos los alemanes a llevar un distintivo, con lo cual no quedó a esas poblaciones otro medio que escapar de las ciudades, hacia el oeste. Estas medidas han tenido por objeto sostener más tarde en las Conferencias de Paz que los habitantes emigraron "voluntariamente" y perdieron, por tanto, todos sus derechos. También, con este fin, se cerró por completo la frontera a todo aquel que, ante el hambre de Berlín, tratara de buscar nuevamente en Silesia un refugio. Las masas han sido así arrojadas a Sajonia, "zona antes tan rica y hermosa, donde hoy día las "grandes y hermosas ciudades industriales no son sino es-" "pantosos montones de escombros. Un testigo ocular nos es-" "cribe: abatidos, medio muertos de hambre, se arrastran los-" "seres por los caminos. Se trasladan en carros de mano o-" "empujan sus pobres cosas en coches de guagua. Vi un ca-" "rruaje sin caballos, ante el cual se habían enganchado seis-" "niños. He visto a septuagenarios arrastrarse sudorosos con-" "su carga. He visto Hermanas de San Borromeo arrastrar-" "carros...". Estas masas continuamente se encontraban con poblaciones que habían huído antes y que volvían, desesperadas, hacia el Este, rechazados también en Brandenburgo, Mecklenburgo y Pomerania. En todas partes se les prohibía estacionarse. "Adelante, adelante, era la orden en todas las.

“regiones Adelante, marchar siempre, día y noche, con lluvia y nieve, sanos y enfermos. Pero, en nombre de Dios, ¿dónde descansar? ¿dónde comer algo y encontrar un puñado de paja para la noche? ¿quién suministraría algún alimento para los niños que gemían de hambre y frío? Nadie contestaba a estas preguntas.

“No bastó a los amos en Silesia —continúa el documento— con apresurar la salida de los emigrantes con los medios más brutales. Se recurrió, también, al sistema de encerrar a seres humanos en carros de carga y despacharlos a Görlitz. Una información fidedigna nos relata lo siguiente: pasaba a principios de octubre por la calle Sattig, que corre paralela a la línea férrea, y oí lamentos de mujeres y desesperados llamados. Un empleado de la estación, a quién pregunté qué significaba esto, me manifestó que sería mejor siguiera mi camino, pues los cuadros que aquí vería no podría olvidarlos jamás en la vida. A pesar de ello seguí investigando y pude constatar que se trataba de silesianos, que habían sido transportados por los polacos en carros de carga. Hombres, mujeres y niños se encontraban amontonados en los vagones de animales, cerrados por fuera. Durante días rodaron esos carros en tales condiciones, y sólo en Görlitz fueron abiertos. He visto con mis propios ojos cómo de un carro se retiraron diez muertos y fueron arrojados en ataúdes preparados de antemano. Pude constatar, también, que en ese carro varias personas se habían vuelto locas, y todas se encontraban sucias con excremento, pues habían sido acumuladas tan estrechamente que no quedaba ni siquiera un espacio libre con ese objeto. El tren de la miseria fué vaciado en Görlitz. Los que aun quedaban con vida fueron trasladados a otro tren que siguió viaje a la Alemania del Norte...

“Otros comunicados nos informan que, movidos por la desesperación, muchas docenas se ahorcaban en largas hileras al borde de los caminos que conducen a Sajonia. Pero, ¿para qué describir más cuadros espantosos? Ante mí yacen altos de comunicaciones, a través de cuya lectura puede uno llegar a saber lo que es el horror”.

Describe, en seguida, el documento, el tratamiento igualmente cruel experimentado por las poblaciones alemanas en las zonas checoeslovacas.

A continuación formula el señor Arzobispo una pregunta: “¿no sería posible impedir las expulsiones brutales en el Este y buscar los medios para que los emigrados que vagan sin hogar puedan volver a su patria?” Analiza la imposibili-

dad de formar Estados con una sola raza y hacer ver que el sistema implantado es el mismo que Hitler trató de imponer, contrario a toda ley natural y divina.

Destaca lo innecesario que es para Polonia expulsar a los habitantes alemanes, y revela que el gobierno polaco en Londres era contrario a tales expulsiones y sólo pedía mantener en sus manos las ciudades de Wilna y Lemberg, pero jamás pretendió apoderarse de las ciudades alemanas de Stettin y Breslau.

“Continuamos preguntando: ¿es permitido en estos tiempos, que no son de guerra, sino que pretenden preparar una paz duradera, no sólo expulsar de su patria a millones de seres, sino que colocarlos, además, ante la puerta de aquellos que a menudo, dañados por el bombardeo de sus pueblos y ciudades, por la expropiación de sus casas y haberes, no saben dónde reclinar su cabeza? Todo el mundo sabe ya cómo todo el pueblo alemán se tambalea al borde de sus posibilidades de existencia, cómo el hambre aumenta, cómo la mortalidad de niños y ancianos sube estadísticamente mes a mes, y como nos encontramos nosotros todos, pobres mendigos, dependientes de la bondad del extranjero”.

Se lamenta en seguida el Prelado del dolor y odio que se incuba como consecuencia de tanto sufrimiento. Teme que el pueblo no se resignará, ya que se siembra en él, por el mal tratamiento, “una semilla venenosa que, ante nuestro inmenso dolor, empieza ya a germinar y a crecer. Hablo suficientemente claro para aquellos que, pensando, y con los ojos abiertos, recorren hoy día Alemania. Una cosa es evidente: también la educación de un pueblo está sometida a las mismas reglas de la educación de un hombre; con duros golpes de martillo no se ablanda ni se hace plástico ni el acero alemán ni el alma alemana”.

Termina reconociendo la culpabilidad moral de Alemania por las atrocidades cometidas por el régimen nazi, pero protesta que se implante, contra toda la nación, la venganza.

Nos limitamos a advertir, como comentario, que este documento levantó airadas protestas en la prensa francesa, donde se le consideró como una incitación al pan-germanismo!

El 27 de abril del año en curso el “Caritas” bávaro dirigió al señor Obispo de Suecia, Dr. Johannes Erik Müller, un angustioso llamado del cual copiamos algunos párrafos:

“La mortalidad infantil ha aumentado en tres y cuatro veces en relación a la pre-guerra; muchos niños mueren por falta de alimentación; muchos son víctimas de la tu-

“berculosis, raquitismo y otras enfermedades como conse-
 “cuencia de la deficiente alimentación y mal vestuario. Falta
 “todo lo necesario para los niños... Gran parte de la pobla-
 “ción infantil no ha podido visitar las escuelas este invier-
 “no por falta de calzado. Paralela a la miseria material se
 “desarrolla la miseria moral. La criminalidad infantil au-
 “menta en forma aterradora. Niños y jóvenes marchan, de-
 “vorados por el hambre en sus cuerpos y en sus almas, hacia
 “un incierto porvenir, por no decir a una inevitable des-
 “trucción.

“En nombre de los muchos miles de niños hambrientos,
 “de la juventud en peligro, de las víctimas de la guerra, en
 “nombre de todos los sin hogar y sin patria, de todos los
 “hombres que se consumen y desesperan, elevamos a Vues-
 “tra Excelencia una ferviente súplica para que influya en los
 “organismos suecos y envíen también alguna ayuda al Ca-
 “ritas alemán”.

En la revista católica inglesa “The Tablet”, correspon-
 diente a febrero del año en curso, se publica una carta di-
 rigida por un sacerdote alemán de las provincias alemanas
 incorporadas a Polonia. Según indica la revista, dicha carta
 está escrita en un trozo de género por falta de papel y fué
 entregada a un Obispo cuyo nombre la publicación se re-
 serva. Pero, agrega, vió el documento original y le consta
 su autenticidad. La carta dice así:

“Excelencia: como el espacio es pequeño, prefiero contarle
 “sólo las peores cosas y pedirle ayuda ante esta gran nece-
 “sidad”. Describe en seguida las medidas de expropiación y
 económicas adoptadas por los polacos y tendientes a hacer im-
 posible la vida a la población alemana. La fijación arbitraria
 de la moneda sólo permite a muy pocos adquirir lo necesario
 para la vida. Fuera de los mineros, nadie tiene trabajo re-
 gular, y aquéllos obtienen sólo indispensable para su mantén-
 ción individual, pero no de la familia. “Cada marraqueta de
 “pan vale 60 RM (marcos alemanes, a razón de dos por sloty
 “polaco), un kilo de mantequilla, 800 RM.; un kilo de azúcar,
 “500 RM; un kilo de carne, 100 RM., etc. Hay muchas fa-
 “milias que se han mantenido durante semanas sólo con papas
 “y avena; muy rara vez puede obtenerse una marraqueta de
 “pan. La miseria entre los niños es espantosa. La leña y el
 “carbón han sido prohibidos a la población alemana. En las
 “minas de carbón de aquí, más de 100,000 cwt. (o sea, más
 “de 50,000 toneladas) fueron exportados y en parte quemados
 “para hacer el invierno más duro a la población alemana.

“Toda la propiedad privada ha sido abolida; las casas y
 “departamentos alemanes, con su mobiliario, han sido expro-

“piados. Los alemanes son a menudo echados de sus moradas sin permitirseles llevar ni lo más indispensable, acumulándolos en seguida en el menor espacio posible. Algunas veces 10 a 50 personas viven en un solo cuarto...”

“Agrega que la evacuación que se prepara, sólo en el departamento de Glatz, afecta a más de 300,000 alemanes y significaría la muerte de decenas de miles.

“Muchos alemanes, hombres y mujeres, han sido arrestados, a menudo sin ninguna razón o por trivialidades, y han sido golpeados y maltratados en forma indescriptible. Las condiciones en las cárceles son como las de los campos de concentración.

“Los efectos de esta situación en el trabajo parroquial son devastadores. Las escuelas alemanas han sido prohibidas. Como las familias están en constante peligro, rara vez pueden los niños asistir a las clases de catecismo. La moral decae, particularmente entre la juventud, con una rapidez alarmante. Es en este campo donde el ejemplo y la propaganda comunista han tenido un resultado desastroso. La conducta de los polacos católicos es un “puzzle” para todos los verdaderos católicos. No podemos ya soportar por más tiempo la constante y creciente inundación de odio. Presionados por altos impuestos y exorbitantes precios, por ejemplo, en la corriente eléctrica, las Iglesias se han empobrecido. Pronto no tendremos vino de misa ni harina. Nuestros feligreses necesitan una Fe muy fuerte para no perder la confianza en la Iglesia. Nos encontramos completamente abandonados. El Legado Papal y sus administradores no ocultan su hostilidad contra la población alemana. Es imposible transmitir información al Santo Padre, a través de estas autoridades, sobre el tratamiento y sufrimientos de la población alemana. Durante 7 meses la población ha soportado los sufrimientos causados por la ocupación bolchevique, pero a muchos se les ha agotado ya la fuerza. Tememos una catástrofe en la vida religiosa y no conseguimos ayuda. Además, una agitación contra el Santo Padre y la Iglesia se ha desencadenado en los periódicos políticos. Parece ser precursora de una abierta persecución.

“En esta tremenda necesidad pedimos a Vuestra Excelencia urgente ayuda. Quizá será posible enviar una autoridad supervisora, anglo-americana, con adecuados poderes; un personaje accequible a los reclamos de la población. ¿Podría el Papa designar un Legado escogido entre las naciones neutrales y enviarlo bajo su protección, como fué hecho en Alta Silesia y otros territorios ocupados? Esto sería una gran ventaja. Requerimos urgentemente mover a toda autoridad con

“el objeto de retirar las órdenes de evacuación dictadas para “Silesia”.

Un artículo “Ex urbe et orbe” publicado en “Las Hojas Apologéticas”, N.os 14-15, 31 de julio de 1946, Zurich, Suiza, dice lo siguiente: “... La lectura de semejantes antecedentes causan más espanto si se las relaciona con el informe de los periodistas suizos que hace poco hicieron un viaje de diez días a través de la zona occidental de Alemania. Karl Wick titula su información de viaje publicada en “Vaterland” (12-julio-46) con la sugestiva expresión “El cadáver viviente”.

Oigamos algunos trozos de su exposición: “un viaje a “través del Ruhr y una inspección del centro industrial de “Essen con la empresa Krupp destruída señala claramente “todo lo desesperado de la situación. Mucho peor que las ruinas de acero y hierro son los harapos humanos que viven “en estas ciudades de horror, cadáveres vivientes que vegetan “en peores condiciones que las víctimas de los campos de “concentración. Habitaciones inimaginables en subterráneos “privados de luz, la carencia de una alimentación digna de “seres humanos y, más que nada, la miseria espiritual que “excluye toda esperanza de un porvenir mejor, hacen temer “un fatal desenlace. Aquí los seres no pueden salir ya del “pantano; no les queda otra posibilidad que morir más lenta “o más rápidamente. Cualquiera descripción de la situación “queda muy pálida ante la realidad”.

Inclusive las publicaciones suizas de izquierda, que hasta hace poco sostenían que era conveniente no dejarse impresionar por la miseria en Alemania, reconocen hoy día, conmovidas, la espantosa necesidad que ahí reina. “El futuro “de nuestro vecino del norte —dice el diario socialista ““Volksrecht”, del 13 de julio de 1946— empieza a preocupar “insistentemente a la opinión pública... Los acontecimientos “que en Alemania se desarrollan, conducen a una catástrofe europea si no se consigue detenerlos. No es posible “transformar por hambre al pueblo alemán en una comunidad democrática. O se mata a treinta millones de alemanes, o es indispensable buscar los medios de vida para “los sesenta millones. El problema alemán ha llegado a ser “el problema principal de Europa. El destino del Occidente “no depende tanto de Trieste ni de los Balkanes, como de una “recta organización en la Europa central...

“Es indispensable que los aliados den al pueblo alemán “mismo las posibilidades de producir nuevamente y trabajar. “Karl Wick lo expresa en estos términos: “las potencias de “ocupación olvidan demasiado que un muerto puede ser más

“ peligroso que un vivo. Una Alemania con vida es menos temible que una Alemania cadáver, cuya corrupción infectará a toda Europa”.

De una carta del colegio católico de San Canisio, de Colonia, a una personalidad religiosa de Suecia (20-julio-46), tomamos lo que sigue: “Lo que aparece en vuestros diarios sobre la indecible miseria que reina entre nosotros queda muy atrás de la realidad. Si no hubiésemos recibido la semana pasada vuestra ayuda, muchos almuerzos habrían faltado. Pues muy a menudo no obtenemos nada con nuestras cartas de racionamiento, por la sencilla razón de que nada existe. Claramente se pudo constatar en la procesión cómo se debilitan los niños y las mujeres: las mejillas hundidas y las piernecitas tan delgadas. Y nos encontramos ante el mes de agosto, en el cual sólo darán 200 gramos mensuales de grasa...! Esta lucha por la existencia y esta carrera con el hambre, destruye sencillamente la vida, de modo que no queda ninguna fuerza ni sentido para otras cosas. Y es por eso que las oraciones “pro benefactoribus” toman hoy día un sentido tan marcado!”

¡Y así tantos otros documentos y cartas cuya lectura horroriza. Y todo esto se lleva a cabo en medio del más absoluto silencio de la prensa internacional!

● LA VOLUNTARIA SOLEDAD DE GEORGES BERNANOS.

En esta misma sección hemos comentado la polémica (agria, muy agria y, por otra parte, muy significativa) que se ha trenzado y continúa entre Georges Bernanos y un grupo de escritores principalmente representados por el semanario liberal-comunizante-nacional, “Les Lettres Francaises”. Recientemente, este semanario publicó un artículo entre católico y marxista, très salade russe, firmado por André Mandouze, llamando a Bernanos, entre otras cosas y peyorativamente; “el hombre solo”. Ahora Bernanos contesta. “Les Lettres Française” del 14 de julio de 1946 publica la carta de Bernanos, juntamente con un entrefilete que dice:

“En respuesta al artículo de André Mandouze, aparecido en este semanario, el 17 de mayo, y que reprochaba a Bernanos su orgullosa e ineficaz soledad, este último nos envía una carta que nuestro periódico consiente en publicar. Nuestros lectores verán hasta dónde llega el desdén de Bernanos por la “masa francesa” que, contrariamente a lo que él pretende, no fué en su totalidad responsable de Munich o ñe Rethondes,

sino, por el contrario, plenamente responsable de esa insurrección que salvó el honor de Francia y que ignora (voluntariamente o no) Georges Bernanos". Este recuadro va firmado por C. M. (Claude Morgan, director de la publicación).

Y he aquí, ahora, la carta de Bernanos:

"La Pinède, Bandol, (Var). Querido Claude Morgan:

"¿Quiere usted dejarme responder unas palabras al señor Mandouze? Su carta me ha impresionado mucho. Me recuerda todas las que me llegaban desde otra orilla de la opinión católica cuando me declaré, en 1937, contra la Guerra Santa franquista. En resumen: siempre se me propone que cierre un poco los ojos sobre los medios, en nombre de la caridad cristiana, y en consideración al fin —un fin tan bello que debería arrancarme lágrimas. Conozco todo eso. Estoy harto de buenas causas.

"¿Por qué me reprochan estar solo? En un país en el que, hace tan poco todavía, todas las clases y todas las opiniones confundidas, aclamaban a Munich y al armisticio, no hay tanto mal en sentirse solo.

"Es verdad: creo que las generaciones actuales son las más mediocres que jamás ha conocido Francia. Después de esto, no les pido que se sientan satisfechas conmigo, ni que me proclamen Presidente de la República. Lo único que me importa, es mantenerme de acuerdo con quienes, después de mí, las juzgarán como yo las juzgo. Fuera de esto, y hasta entonces, no espero nada de estas generaciones, y rehusó todo, hasta lo accesorio y lo frívolo —por ejemplo, una condecoración, o menos aún: una entrada para esta feria académica en la que acaba de entrar, más condecorado que Goering y más rico que Turelure, ese viejo impostor de Claudel.

"Al hablar como lo hago de la masa francesa responsable de Munich y de Rethondes (el armisticio), no creo en ningún modo ultrajar a los muertos. Si esta masa no valía gran cosa, otrora, con los muertos, ¿qué puede valer ahora?

"Innumerables personas me escriben para pedirme un ideal. No tengo de ese artículo. El único ideal que podría proponerles sería el del honor, pero todos ellos tienen igual necesidad de mentir por una razón o por otra, y el honor no es "eficaz". Si yo no tengo ideal que les convenga, no me dejaré embaucar, sin embargo, por esa gente cuya humanidad, más desvalorizada que sus monedas, trata de justificar el furioso deseo que la come, de terminar lo antes posible, aunque en nombre de la justicia social, con su libertad, es decir, con su conciencia.

“La mayor parte de aquéllos que han sido realmente del partido de los miserables, no han llegado a comisarios del pueblo, sino que han sido colgados por los comisarios del pueblo, entre los aplausos de los miserables. Esto es lo que sucedió a Nuestro Señor Jesucristo, y lo que yo espero para mí. Gracias”.

Esta es, reproducida en su totalidad, la carta de Bernanos.

● LOS ULTIMOS PENSAMIENTOS DE FRANZ WERFEL.

Se ha publicado, en Suecia, y en idioma alemán, una selección de aforismos de Franz Werfel, el autor de “El Cántico de Bernardita”, que murió hace pocos meses, si no decididamente convertido al catolicismo, al menos habiendo mostrado una profunda inclinación hacia éste en los postreros tiempos de su vida. De estos aforismos, publicados bajo el título de “Theologumena”, entresacamos los siguientes:

—“Al adentrarme más y más en el paisaje de mi vida interior, llego finalmente a una última indivisibilidad. La llamaré emoción fundamental, pues no se trata de un conocimiento, sino de un sentimiento. Esta emoción fundamental, que es el receptáculo de la gracia, decide sobre si me es permitido creer o si no puedo creer, lo mismo que sólo de ella decide si la poesía me conmueve o no me conmueve”.

—“Todo pecado, aún el más brutal, es un pecado del espíritu. Por eso los animales no pueden pecar”.

—“El condenado no está menos en el infierno por no creer en él”.

—“La profanación más repugnante del Yo desde, quizás, el comienzo de la Historia Universal, es la forma moderna de la servidumbre: el hombre deja de ser propietario de sí mismo, para ser propiedad del Estado inapelable que ofrece empleos o los niega, que alimenta o mata de hambre, que es confesor, educador, corruptor, espía de la conciencia, juez, fiscal, defensor, jurado y verdugo en una persona. Mientras un solo Estado en la tierra siga ejerciendo este poder antinatural, diabólico, asesino del alma y rompedor del carácter; mientras tanto, y pese a las conclusiones de la paz mejor planeadas, la guerra mundial imperará permanentemente. Ninguna hipocresía oportunista nos servirá para nada”.

—“La riqueza más segura es la pobreza en necesidades”.

—“Las mujeres son como las cajas de ahorros más sólidas. Las malas costumbres, cualidades y opiniones de los hombres con los que han vivido, se acumulan en ellas hasta un interés asombrosamente alto y seguro”.

—“El examen místico a que es sometido el hombre en el momento de morir, consiste en una soledad y un abandono, terrenalmente del todo inconcebibles, que su alma ha de cruzar, probablemente con el fin de su fortalecimiento espiritual”.

—“El verdadero talento se conoce menos en sus asombrosas disposiciones, que en la facultad abnegada de admirar fervientemente la hazaña superior del otro. Es la nobleza de la igualdad. El talento aun cuando vanidoso, no deja deslumbrarse. Su facultad de discernir los grados del valor, dolorosamente despierta, es el báculo en que se apoya para encajarse más alto. El insalvable diletante, en cambio, se deleita con la libertad inconsciente que usa para auto-embriagarse, auto-satisfacerse y auto-limitarse”.

—“El que no trabaje, que no coma tampoco. Este principio sádico que, con maligna satisfacción, comprueba un triste estado de cosas, contiene una de las humillaciones más hondas del hombre. Reduce la importancia metafísica de mi vida a una nulidad económica. ¿Cómo? ¿Mi derecho a la vida y el valor de mi vida no consiste sino en la producción de forraje que me garantiza una participación en el forraje tanto física como espiritualmente? El principio mencionado ilumina con la crudeza de un relámpago toda la pobreza de la herejía socialista, que a nosotros, los hombres, nos hace profundamente indignos, a pesar de que habla incesantemente de nuestra dignidad humana”.

● CUESTION DE ENFOQUE.

El semanario parisiense “Les Lettres Francaises” se dedica en muchas de sus páginas a abogar por un renacimiento patriótico. Uno de los más exaltados patriotas y militaristas del momento es Louis Aragon, el mismo superrealista de ayer que no creía en la patria, y que formuló en uno de sus escritos: “Me c... en la totalidad del ejército francés”. La nueva consigna de patriotismo está a la orden del día. Otros artículos hablan de la sanidad de la inteligencia y de la moral francesa, pero siempre, al final del periódico, vienen unos pequeños anuncios, titulados Matrimonios, de los que puede servir de ejemplo el siguiente: “Caballero de 50 años, distinguido, de excelente salud desea escribirse, con vistas al matrimonio, con señorita joven de buen físico”. Y otro: “Muchacha de cuarenta (!) años, libre, buena situación, físico agradable, instruída, desea conocer a señor de 40 a 48 años, alto, inteligente, serio, de buena situación industrial”. Y en cada caso, unas señas para entrar en contacto.

● FACILITAR LAS COSAS...

Otro diario francés ha reproducido la siguiente carta (sin comentarios) recibida en la dirección unos días antes del 18 de junio, carta que se supone ha sido repartida asimismo a otras publicaciones periódicas:

“Señor Director:

“Usted tendrá, probablemente, la intención de conmemorar, en su diario, la fecha del 18 de junio que señala el décimo aniversario de la muerte de Gorki. Nos agrada poner en su conocimiento que estamos a su disposición para proporcionarle a usted la documentación que pudiera hacerle falta sobre Gorki, escritor, publicista, autor dramático, etc. (Podríamos, también, si usted lo desea, enviarle un artículo completamente listo.

Le rogamos que nos haga saber si podemos serle útil en este asunto.

Firma: El Secretario general del Centro Cultural y Económico Francia. — U. R. S. S.”

● NUEVAMENTE HABLA BERNARD SHAW.

De vez en cuando suelen traer los periódicos una que otra noticia que resalta entre el cúmulo de informaciones oficiales a que nos hemos acostumbrado. Mejor dicho, a las que nos han obligado a acostumbrarnos. Ya no conocíamos otro periodismo que no fuera aquel que sabe callar, y que habla sólo cuando es oportuno hacerlo. (Oportuno ¿para quién? nos preguntamos). Aquel que es experto en llenar carillas con una nutrida literatura que sirva de ropaje a una realidad que se avergüenza al presentarse desnuda. Cómo no hemos de asombrarnos, entonces, cuando escuchamos —entre estas voces que recitan formulismo— una que se atreva a fustigar a aquéllos que no vacilan en hablar a nombre de la justicia que sus actos nunca han conocido.

Bernad Shaw, el gran dramaturgo, ha hablado nuevamente. El cable nos cita una carta aparecida en el “Daily Express”; en la que su opinión deja entrever una vez más la enorme franqueza y rectitud que siempre lo han caracterizado. Dice en ella que los aliados no tienen derecho para pedir la pena de muerte para los acusados de Nürenberg. “Después de haber lanzado la bomba atómica sobre civiles indefensos, sin aviso previo —dice, textualmente—, estamos difícilmente habilitados moralmente para colgar a nadie”.

Y tiene razón Georges Bernard Shaw. ¿Con qué derecho se va a aceptar que se juzgue y condene a sólo una parte de los "criminales de guerra"? Hay muchos que también merecen ser enjuiciados, y que sólo no lo han sido, porque en lugar de estar en el banquillo de los acusados, han ocupado los lugares del tribunal...

B. Y B.

LIBROS DE HISTORIA PATRIA

O'Higgins, por Jaime Eyzaguirre (Primer Premio en el Concurso nacional O'Higgins), encuadernado, \$ 90; rústica	\$ 50.—
Chile, una loca geografía, por Benjamín Subercaseaux (tela)	100.—
Chile. Geografía - Educación - Literatura - Legislación - Economía, por varios autores	50.—
Presencia de Chile, por Luis Durand	40.—
Los forjadores de Chile (2 vols.), por Ramón Pérez Yáñez	40.—
Fray Camilo Henríquez, El Patriota, por Raúl Tellez Yáñez	30.—
Chile y su Historia, por Arturo Alessandri P. (2 tomos)	150.—
La Batalla de Maipú, por Francisco Javier Díaz	50.—
La Iglesia de Santiago. Su misión a través de cuatro siglos, por Emilio Caracuel Ossa	30.—
Ventura de Pedro de Valdivia, por Jaime Eyzaguirre	25.—
El Padre Alonso de Ovalle. El Hombre. La Obra, por Pedro Lira Urquieta	40.—
La platería colonial en Chile, por Darío Ovalle Castillo	50.—
La fronda aristocrática, por Alberto Edwards	75.—
Leyendas y episodios nacionales, por Joaquín Díaz Garcés	35.—
Semblanzas literarias de la Colonia, por Eduardo Solar Correa	30.—
Páginas históricas, por Alberto Edwards	25.—
La Organización Política de Chile, por Alberto Edwards	20.—

LIBRERIAS Y EDITORIAL "SPLENDOR"

Santiago: Av. B. O'Higgins 1626 — Teléfono 89145
Valparaíso: Independencia 2042 — Teléfono 7168

CRISTAL DE LIBRERIA.

**“EL VIENTO EN LAS RUINAS”, por José María Souviron. —
Editorial Zig-Zag. Santiago de Chile, 1946.**

Con el estilo acabado y evocador que José María Souviron ha sabido dar a su prosa, continúa en esta novela, prolongación de “La Luz no está Lejos”, la trama esencial y la intención de ésta.

“El Viento en las Ruinas” es de acción más rápida, personajes más delineados y separados interiormente unos de otros. No es el monólogo intemporal de Daniel Vivar contando su vida; son sus actos realizados en determinadas circunstancias y con la experiencia de un pasado duro que ha quedado definitivamente atrás dejando en el alma una cierta soledad que no impide la alegría. Una soledad que ha aprendido a coger elementos que ya se insinuaban en los “interludios” de “La luz no está lejos” y que se refieren a una crítica del mundo burgués contemporáneo dirigida, no ya a los acontecimientos políticos, sino al interior del alma de los hombres, como si esa soledad hubiera aprendido a encontrar la causa de los desastres universales en el cotidiano acontecer de los pensamientos y las intenciones.

Para ello el autor nos presenta una familia burguesa compuesta por una madre puritana, fría, altiva, cuya aristocracia se acoge sólo al brillo y a la experiencia de las antiguas virtudes; una hija caprichosa entregada a la sensualidad de su fútil existencia, casada con un abogado venal y lujurioso; y un hijo ingeniero en quien subsiste la fuerza de una primaria honradez que le permitió casarse con una muchacha de provincia, Teresa, personaje femenino central de la novela.

Junto a este grupo o, más bien, frente a él, aparece la figura de Daniel y sus amigos en una búsqueda continuada y a veces unilateral de una vida más íntegra y verdadera para ellos y para la sociedad que los rodea.

Cierra el cuadro el paisaje trashumante de la ciudad de los estudios abogadiles, los bares, clubes, autos y mujeres, frente a la pureza ingrátida de las mañanas pueblerinas con álamos, lecheros y niños.

La acción se desarrolla en las sucesivas incursiones que Daniel realiza en la sociedad que rodea a la familia. Incursiones que le permiten medir la gravedad del hastio y la corrupción interior de sus componentes: el abogado legalizando las depredaciones de sus amigos; sus amigos, fofos pedazos de carne que ruedan interminablemente entre placer y placer; la esposa entregada a desconocidos amantes; y, por sobre

todo esto, la madre señoreando sobre las apariencias adustas del caserón que amenaza ruinas. Pero en medio de esta sociedad hastiada, banal y floja, hay quien siente una cierta nostalgia, un oscuro presentimiento de horror y de asco; Teresa, la esposa del ingeniero, lucha inconscientemente contra el vaho que la aprehende; en un momento grave aparece Daniel explicando con palabras nuevas, llenas de seriedad adusta, los misterios de la noche. En dos reuniones queda señalado el tipo de relación que los une. Teresa ve en Daniel esa honradez que la animaba en su lucha diaria y que le permite explayarse con libertad en su vida íntima; Daniel, cogido por el alma diáfana que se descubre a sus ojos, se atreve a indicarle consejos que ni él mismo ha sabido seguir. El autor enfoca aquí en justeza y pocas palabras la relación tan inexpresable entre dos almas que se encuentran con el solo objeto de indicar una a otra la ruta que esta debe seguir en el camino de su libertad interior. Daniel sabe que a través de su alma se ha comunicado el Espíritu y percibe con asombro y mezcla de dulzura la relación en Dios de la creaturas.

En el continuo salto entre la vida de Daniel y el mundo de la sociedad radica el ritmo de la novela, dando a entender de esta manera que el modo de vivir de Daniel es la única solución para contrarrestar la corrupción del ambiente y, sugiriendo al mismo tiempo, que dicha sociedad es posible de salvar por la proclamación reiterada de la sobriedad y honradez primitivas y la denuncia de la hipocresía presente.

Escándalo, sucesivas demostraciones de beato horror, serán el comentario de esta obra; pero ha llegado la hora de las palabras gruesas para denunciar a los "chanchos que quieren morir de vejez", como dice León Bloy de los burgueses.

A.

COLECCION AUSTRAL. Espasa Calpe Argentina; Buenos Aires, 1946.

Esta selecta colección, que va acercándose ya a los seiscientos volúmenes, incluye en sus últimas entregas obras clásicas de la envergadura de "La dama boba" y "Niña de plata", de Lope de Vega, y "Las mocedades del Cid", de Guillén de Castro, junto a escogidas novelas modernas como "La condenada", de Vicente Blasco Ibáñez y "El candor del Padre Brown", de Gilbert K. Chesterton. En el tipo de ensayo hay que destacar "Soledad", del incomparable don Miguel de Unamuno.

EN EL MANEJO DE NEGOCIOS O EN LA ADMINISTRACION DE BIENES SIGNIFICA UN APORTE VALIOSO SERVIRSE DE UNA EXPERIMENTADA Y EFICIENTE ORGANIZACION

NOS ENCARGAMOS PRINCIPALMENTE DE:

Cumplir órdenes de compra-venta de valores mobiliarios.

Atender al registro de accionistas de sociedades anónimas.

Pagar dividendos sobre acciones o debentures.

Tramitar la compra o venta de bienes inmuebles y efectuar remates de propiedades.

Urbanizar y lotear terrenos.

Controlar o dirigir la formación de sectores urbanos o barrios residenciales.

Atender a los señores CORREDORES DE PROPIEDADES en nuestro carácter de liquidadores de negocios de compra y venta ya formalizados, para los efectos de servir de depositarios del precio de compra y destinarlo a la cancelación de los gravámenes del inmueble

Servir de depositarios en la formación de comunidades que tengan por objeto la construcción de edificios para venta de pisos y departamentos.

Administrar edificios de departamentos y en general propiedades de renta.

Administrar los inmuebles a que se refiere la Ley 6071, que dispone que los pisos o departamentos de un edificio pueden pertenecer a distintos propietarios.

Fiscalizar el cobro o la inversión de rentas de arrendamiento de propiedades, cuya administración está confiada a tercera persona.

Tramitar conversiones de deudas hipotecarias y otras operaciones de la misma índole.

Atender solicitudes de préstamos a largo plazo, en bonos, sobre predios urbanos o agrícolas, como representantes del Banco Hipotecario-Valparaíso.

Desempeñar los cargos de albacea con o sin tenencia de bienes, depositario o secuestre, liquidador de sociedades civiles anónimas y comerciales o de cualquier clase de negocios. Síndico o delegado de síndico en juicios de quiebra. Guardador testamentario general, conjunto, curador adjunto, curador especial y curador de bienes.

De acuerdo con disposiciones especiales de la Ley, podemos administrar los bienes que se hayan donado o dejado a título de herencia o legado a capaces o incapaces, pudiendo sujetarse a esta forma de administración los bienes que constituyen la legítima rigurosa durante la incapacidad del legitimario.

Disponemos permanentemente para la venta, de sitios en los mejores sectores residenciales de Santiago.

SOLICITE INFORMACIONES Y FOLLETOS EXPLICATIVOS

DEPARTAMENTO DE COMISIONES DE

Banco de Chile

CONFIANZA

Segundo Piso

IMP. "EL ESFUERZO", BYZAGUIRRE 1118. - SANTIAGO

Precio: \$ 8.40

